

10229

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

---

# SIN FAMILIA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

---



MADRID.

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1882.

10

# AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

## COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que correspond
Agua va.....	1	D. Rafael Blasco.....	Todo.
Dé picos pardos.....	1	J. M. Casademunt...	»
Desgracia y virtud.....	1	José F. Camacho....	»
Doña María Pacheco.....	1	José G. Cabiedes....	Mitad.
El compromiso de Caspe.....	1	Márcos Zapata.....	Todo.
El ojo.....	1	Manuel Valcárcel...	»
El ruiseñor.....	1	Sres. R. Bolumar y Ma- nuel Melend. Paris	»
Fiera domada.....	1	Contreras y Giner...	»
Filosofía alemana.....	1	D. José Jackson Veyan.	»
Fuera de la ley.....	1	E. Navarro.....	»
Gratis á los pobres.....	1	E. Navarro.....	Mitad.
Juzgar por indicios.....	1	G. Pou.....	Todo.
Juanete.....	1	Francisco Alba Rizo.	»
Justa venganza.....	1	R. Mateos.....	»
La alondra y el gorrión.....	1	E. S. Rocaberti....	»
La magia electoral.....	1	N. N.....	»
La peor venganza.....	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
La puerta del Saladero.....	1	Juan Utrilla.....	»
La voz del pueblo.....	1	Sres. Fuentes y Solsona.	»
Salirse con la suya.....	1	D. L. Larra y Ossorio..	»
Los viejos verdes.....	1	G. Pou.....	»
Una vieja verde.....	1	R. Mateos.....	»
Un plato del Japon.....	1	R. García Santiste- ban.....	»
Una charada.....	1	Fernando Guerra....	»
Un drama en la venta.....	1	Juan Utrilla.....	»
Un hombre de bien.....	1	Pedro Marquina....	»
El arte de pedir.....	2	Sres. Ossorio y Guillen..	»
Los padres nuestros.....	2	Lustonó y Bedmar...	»
Las burlas veras.....	2	D. E. Navarro.....	»
Mundo, demonio, y... demas.....	2	G. Perrin y Vico. ..	»
Cruz y corona.....	3	José G. Cabiedes....	»
El castillo de Zadra.....	3	R. Mateos.....	»
El Mesías.....	3	Sres. E. Zúmel y L. Ar- nedo.....	L. y M.
El Secreto.....	3	D. Eusebio Blasco.....	Todo.
El capitan Buridau.....	3	Fernando Guerra....	»
El juez de su causa.....	3	Manuel Rovira. ....	»
Herir con honra.....	3	Manuel Rovira.....	»
Juana la Rabicortona.....	3	Fernando Guerra....	»
La corona de abrojos.....	3	Márcos Zapata.....	»
La cadena del crimen.....	3	E. Navarro.....	Mitad.
La lengua.....	3	Enrique Gaspar.....	Todo.
Los dos curiosos impertinentes.....	3	José Echegaray.....	»
Los hermanos de la Costa.....	3	Fernando Guerra....	»
Los pechos privilegiados.....	3	J. Campo-Arana....	»
Los conocimientos.....	3	José Marco.....	»
Trabajos de zapa.....	3	Eduardo Navarro ...	»

**SIN FAMILIA.**

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

- CARA Y CRUZ, juguete cómico en un acto y en verso.  
EL SEXO DÉBIL, juguete cómico en un acto y en verso.  
EL ÚNICO EJEMPLAR, comedia en un acto y en verso.  
ABOGACÍA DE POBRES, juguete cómico en un acto y en verso.  
SERVIR PARA ALGO, comedia en un acto y en verso.  
EL NÚMERO TRES, comedia en tres actos y en verso.  
VANITAS VANITATUM, comedia en tres actos y en verso.  
ECHAR LA LLAVE, comedia en un acto y en verso.  
HAZ BIEN..., comedia en tres actos y en verso.  
PARA UNA COQUETA UN VIEJO, comedia en dos actos y en verso.  
INOCENCIA..., comedia en tres actos y en verso.  
AL SANTO, AL SANTO! apropósito cómico en dos actos y en verso.  
CONTRA VIENTO Y MAREA, comedia en tres actos y en verso.  
COMO SE EMPIEZA, comedia en un acto y en verso.  
UNA COMEDIA Y UN DRAMA, comedia en dos actos y en verso.  
COMO LAS GOLONDRINAS, comedia en tres actos y en verso.  
CHAMPAGNE FRAPPÉ, juguete cómico en un acto y en verso.  
NI LA PACIENCIA DE JOB, comedia en tres actos y en verso.  
EL OCTAVO, NO MENTIR, comedia en tres actos y en verso.  
LA FUERZA DE UN NIÑO, comedia en tres actos y en verso.  
ESCURRIR EL BULTO, comedia en un acto y en verso.  
POR FUERA Y POR DENTRO, comedia en dos actos y en verso.  
LA BUENA RAZA, comedia en tres actos y en verso.  
MALDITOS NÚMEROS! comedia en tres actos y en verso.  
ENSEÑAR AL QUE NO SABE, comedia en tres actos y en verso.  
SIN FAMILIA, comedia en tres actos y en verso.

# SIN FAMILIA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA la noche del 19 de Diciembre  
de 1882.



MADRID.—1882.

IMPRESA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ

*Calvario, n.º 18.*

## PERSONAJES.

---

## ACTORES.

---

RUFINA.....	SRA. FERNANDEZ.
GABRIELA.....	SRTA. GORRIZ.
JULIA.....	LAMADRID.
HORTENSIA.....	GALINDEZ.
CÁRLOS.....	SRES. MARIO.
PEPE.....	AGUIRRE.
ENRIQUE.....	ROMEA.
ERNESTO.....	SANCHEZ DE LEON.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## ACTO PRIMERO.

---

Despacho amueblado con lujo: dos puertas á la izquierda; á la derecha puerta en primer término, balcon en segundo, puerta en el fondo; mesa de despacho y sillón á la derecha; á la izquierda velador con gran tapete que le cubre; entre las dos puertas de la izquierda chimenea; sobre la mesa de despacho recado de escribir, cigarrera y muchos libros; sobre el velador quinqué; sobre la chimenea gran espejo y una Vénus de mármol: en la pared del fondo, á un lado de la puerta, un cuadro de asunto atrevido; al otro una panoplia con armas; sobre una silla un bastón; en otras varias un sombrero, un gaban, periódicos y libros, y en todas partes cierto desórden y confusión.

### ESCENA PRIMERA.

RUFINA, CÁRLOS.

Es de noche: quinqué encendido sobre el velador; Cárlos y Rufina juegan á las cartas: Rufina baraja.

CÁRLOS. Vamos á ver si me ganas.

RUFINA. Vaya si le ganaré.

CÁRLOS. Porque tienes mucha suerte.

RUFINA. Porque tengo mucho aquel!

CÁRLOS. Y qué es mucho aquel?

RUFINA. Talento.

CÁRLOS. Tienes cuanto hay que tener.

(Rufina dá las cartas.)

RUFINA. Pintan espadas.

- CARLOS. Espadas?  
No tengo ni una.
- RUFINA. Yo tres.
- CARLOS. Ahí vá un oro. (Echando.)
- RUFINA. (Jugando.) El as de oros.
- CARLOS. Ya he empezado á padecer.
- RUFINA. Allá vá un cuatro. (Echando.)
- CARLOS. (Jugando.) Yo un cinco.  
Ni un tanto. Por vida de...  
Ahí vá un basto.
- RUFINA. El as de bastos.
- CARLOS. Tú tienes un almacén  
de ases!
- RUFINA. Aún me quedan dos.  
Allá vá un cinco.
- CARLOS. Yo un seis.  
No haga nada. Ahí vá una copa.
- RUFINA. El as de copas.
- CARLOS. Mujer.  
Esto es demasiado ya.
- RUFINA. El as! El as! Lo vé usted.
- CARLOS. Sigamos.
- RUFINA. (Tendiendo las cartas.) Tute de reyes.
- CARLOS. Pero Rufina, otra vez!
- RUFINA. El otro fué de caballos.
- CARLOS. El otro. Si llevas cien.
- RUFINA. Una peseta.
- CARLOS. (Dando el dinero.) Allá va.  
Como llegues á perder  
un abraze.
- RUFINA. Es lo tratado,  
más como no perderé.
- CARLOS. Pero qué suerte la tuya!
- RUFINA. Y qué sombra la de usted!  
Pero en cambio en amoríos  
le debe haber ido bien.  
Señorito, cuántas novias  
ha tenido?
- CARLOS. Yo que sé.
- RUFINA. Alguna morena.
- CARLOS. Vaya.
- RUFINA. Y alguna rubia...

CARLOS. Tambien,  
y castañas.

RUFINA. Que le dieron.

CARLOS. Y que supe devolver,  
y hasta una mulata.

RUFINA. Si?  
Qué gusto!

CARLOS. No me paré  
en colores. Y una negra  
de Angola.

RUFINA. De Angola!

CARLOS. Pues

RUFINA. Y en qué provincia está eso?

CARLOS. En la Alcarria.

RUFINA. Buena miel.

Y diga usted, señorito  
¿por qué no se casa usted?

CARLOS. Porque soy jóven aun.

RUFINA. Si tiene cuarenta y tres.

CARLOS. Pero parezco un muchacho  
sin arrugas en la piel.  
Casarme? No me conviene  
Rufinita. ¡Para qué!  
Para tener una esposa  
que pesadumbres me dé  
y una suegra que me grite  
con su cara de Luzbel,  
y chicos con sarampion  
y muebles sin componer,  
y bolsillo sin dinero  
y siempre ceño de juez?  
Yo soy libre, independiente,  
soltero. Así viviré,  
sin familia, sin familia,  
que es como se vive bien.

RUFINA. Bien pensado, señorito.  
¿Para qué quiere traer  
una mujer que le gaste  
en trapos, en sólo un mes,  
la renta de todo un año  
y le haga traer más hiel?  
Ahora ninguno le manda,

hace lo que quiere hacer.  
Si quiere paz, santa paz,  
si quiere belen, belen,  
si trasnochar, trasnochar.  
Nadie le ha de reprender.  
Y en su casa, ¿qué le falta?

CARLOS. En tí un tesoro encontré.  
Ama de llaves, doncella  
y cocinera, tú el rey  
de mi casa, secretario,  
administrador.

RUFINA. Y á fé  
que no le administro mal,  
y eso que usted gasta bien.

CARLOS. Eres una joya.

RUFINA. Vaya,  
una joya de doublé.

CARLOS. Siempre dispuesta y tan lista,  
con la gracia del perchel,  
y un talento natural,  
y bonita.

RUFINA. Que he de ser.

CARLOS. Tienes dos ojos más negros  
que la endrina, creeme.

RUFINA. No me llame usted indina,  
señorito.

CARLOS. No, mujer.  
Y manos, como la nieve.  
¡Lástima que el almirez  
machaque tan lindos dedos  
con uñas de rosicler!  
Y qué cintura! Tamaña.  
Y el pié! Me enseñas el pié?

RUFINA. Vaya, á jugar y á callarse,  
ó me marchó.

CARLOS. Callaré.

¡Monísima, remonísima!

RUFINA. Silencio, y baraje usted.

(Cárlos recoge las cartas de manos de Rufina, y  
al paso se apodera de una de ellas.)

Eh! que me coge las manos  
en vez de los naipes.

- CARLOS. Si es  
que nací tan distraído.
- RUFINA. Éche usted: vamos á ver.  
(Cárlos baraja mirando á Rufina.)
- CARLOS. Helas! Helas!
- RUFINA. Tiene el as?
- CARLOS. Si es que me quejo en francés.  
(Se oye la campanilla.)  
Llaman?
- RUFINA. Será algun amigo.  
En qué ocasion!
- CARLOS. Y qué hacer?
- RUFINA. Ay, qué amigos de mi alma!  
(Malditos sean, amén!)
- CARLOS. Deja, ya abrirá Ramon  
el lacayito.
- RUFINA. Yo iré. (Sale por el fondo.)

## ESCENA II.

CÁRLOS, luego RUFINA.

- CARLOS. Esto es horrible, increíble,  
imposible! Lo diré  
bajito, en secreto. Estoy  
enamorado, ¿de quién?  
de la criada, Dios mio!  
De la criada, el que fué  
el don Juan de los salones,  
de los galanes la prez!  
Por quien lloraron duquesas  
y condesas á granel,  
y falleció de una tísís  
galopante una mujer,  
muere por una princesa  
del barrio de Lavapiés.  
Oh, sino del solteron,  
de mí, flores, aprended!
- RUFINA. (Entrando.) Señorito, una señora  
desea verle.
- CARLOS. Quién es?
- RUFINA. No quiere decir el nombre.

CARLOS. Y el rostro?

RUFINA. No se le vé:  
le oculta.

CARLOS. Dila que pase.

(Sale Rufina, fondo.)

Aventura debe ser!

Vamos á ver cómo estoy.

(Se arregla la corbata al espejo.)

Yo tambien tengo mi aquel,  
como dice la Rufina,  
y aún estoy de muy buen ver.

### ESCENA III.

CÁRLOS, JULIA.

CARLOS. Siento el roce de un vestido.

(Aparece Julia en el fondo con el velo á la cara.)

Adelante, pase usted.

(No tiene mal aire á fé,  
nunca tal me ha sucedido.

Todo inquieta lo examina.)

Estamos solos, señora:  
puede descubrirse ahora.

No tema. (Será divina.)

JULIA. (Descubriéndose.) Carlos!

CARLOS. Julia, usted!

JULIA. [Sí, yo.

CARLOS. Qué ha sucedido? Qué pasa?  
Cómo á tal hora en mi casa?  
Está malo Pepe?

JULIA. No,  
no está malo mi marido.

CARLOS. Respiro.

JULIA. No, cálmese:  
he venido á ver á usted  
sin que él sepa que he venido.

CARLOS. (Qué es esto?)

JULIA. (Agitada.) Tengo que hablarle.

CARLOS. Pero siéntese, señora. (Se sientan.)

JULIA. Vengo á tan extraña hora  
porque temía encontrarle.

CARLOS. Á estas horas no vendrá;

digo, me parece á mí.

JULIA. Pero ¿estamos solos? (Inquieta.)

CARLOS. Sí.

Ya puede hablar. (Qué será?)

JULIA. Hablaré; pero por Dios  
prometa usted...

CARLOS. Yo prometo  
cuanto quiera.

JULIA. Es un secreto  
que morirá entre los dos.

CARLOS. Sin duda... (Es encantadora.)  
Yo lo juro.

JULIA. Así lo espero.  
Es usted un caballero.

CARLOS. Soy una tumba, señora.

JULIA. Aún más cerca.

CARLOS. (Acercándose.) (Eso me agrada.)  
Espero ya que me diga.

JULIA. Carlos, yo tengo una amiga,  
la pobre muy desgraciada.

CARLOS. Muy desgraciada?

JULIA. Sin duda:  
casada.

CARLOS. Comprendo ya  
su desgracia. Lo será  
hasta que se quede viuda.  
Y él vivirá desgraciado  
de seguro. Qué demonio!  
Ay! señora, el matrimonio  
no trae otro resultado.

JULIA. Esta mujer, que en conciencia  
adoraba á su marido,  
en su vida ha cometido  
una terrible imprudencia,  
imprudencia que confió  
á quien con usted de parte.

CARLOS. Veo que toma gran parte  
en sus penas.

JULIA. Cómo no?  
Siempre sus quejas escucho.  
Mi amiga es, mi compañera.  
La quiero de tal manera!

CARLOS. Todo eso la honra á usted mucho.  
Tiene usted muy generosos  
arranques, nobles intentos,  
muy hermosos sentimientos  
y unos ojos muy hermosos!

JULIA. Cárlos!

CARLOS. Se ha enfadado? No,  
no hablo. (Si amores no digo  
á la mujer de un amigo  
para quién los guardo yo?)  
Con que su amiga...

JULIA. Confío  
en que usted...

CARLOS. Promesas hartas  
he dado.

JULIA. Escribió unas cartas  
á un amigo suyo.

CARLOS. Mío?

JULIA. Suyo. Accion tan imprudente  
la hace vivir angustiada.

CARLOS. Mas ya casada?

JULIA. Casada.

CARLOS. Cartas de aquí? (Señalando el corazon.)

JULIA. Justamente.

CARLOS. Y ese amigo?

JULIA. Fausto.

CARLOS. Él!

Desgraciado amigo mio  
tambien! Muerto en desafío  
no hace mucho.

JULIA. (Suerte cruel!)

CARLOS. De un golpe recto, tremendo,  
su adversario le tendió  
y en mis brazos espiró  
como un bravo sonriendo.  
Fiel á su memoria soy.

JULIA. Por eso he venido á usted.  
Su amigo constante fué.<sup>2</sup>  
Su testamentario es hoy.  
Tantas amarguras crueles  
por usted su fin tendrán,  
porque en su poder están

sus llaves y sus papeles.  
Acudo á su buena fé,  
á su lealtad conocida.  
Vea que estoy comprometida  
yo!

CARLOS. Comprometida usted?

JULIA. He prometido buscarlas.  
Para ello he venido hoy.  
Por eso digo que estoy  
comprometida... á llevarlas.

CARLOS. Soy de los amigos fieles.  
No me tiene que rogar.  
No he podido revisar  
todavía sus papeles;  
pero tranquilice usted  
á su amiga y dígalá  
que ninguno lo sabrá,  
que yo se los llevaré,  
y pues la verdad acierto  
en voz baja y suave modo  
dígalá que muerto y todo  
estoy envidiando al muerto!

JULIA. Busqué un caballero aquí  
y un caballero encontré.  
Nunca, nunca olvidaré.  
Gracias por ella y por mí.

CARLOS. Oh! no las merezco. Quién  
no hiciera por la cuitada?

JULIA. La pobre es tan desgraciada!

CARLOS. (Pobre Pepe! Tú también!)

JULIA. Yo me retiro.

CARLOS. (Desde la puerta.) Rufina,  
alumbra.

JULIA. No salga, no.  
Gracias!

CARLOS. No merezco yo...

JULIA. Gracias, Carlos! (Sale, fondo.)

CARLOS. (Es divina!)

## ESCENA IV.

CÁRLOS.

Conqué Fausto? Hermosa, amable,  
discreta. Que más quería?  
Si aquel tunante tenía  
una fortuna envidiable.  
En la vida adiviné.  
Amigo de Pepe y mío.  
Bien nos engañó. Qué lio!  
Qué ejemplo! Cásese usted.  
Todos acaban así;  
mas yo con juicio he pensado.  
Si ahora estuviese casado  
¡qué escándalo habría aquí!  
Una mujer encubierta!  
Una cita misteriosa!  
Acaso mi dulce esposa  
la hubiera abierto la puerta?  
La arroja de un empujon  
y hace que la pobre ruede.  
No. Si un casado no puede  
ni hacer una buena accion.  
Mis honradas intenciones  
mal fin hubieran tenido.  
Libre soy, libre he vivido  
y dueño de mis acciones.

## ESCENA V.

CÁRLOS, RUFINA por el fondo.

RUFINA. Señorito!

CÁRLOS. Que hay, Rufina?

RUFINA. Tenemos que hablar los dos!

CÁRLOS. Cómo hablar?

RUFINA. Y hablar muy claro!

CÁRLOS. Cómo claro?

RUFINA. (Muy irritada.) Por qué no?

Á ver: quién es esa dama?

CARLOS. Rufina, tu obligacion  
es ver, oir y callar.

RUFINA. Cierto, no lo olvido yo.

(Con mucha dignidad.)

Yo soy una servidora,  
usted es aquí el señor:  
mi obligacion es callar,  
caminar de usted en pos,  
y á usted le asiste el derecho  
de dirigir el timon  
de la nave de esta casa  
por el mar batallador  
de la vida; yo no puedo  
reñir; pero con dolor  
y con mesura y con calma  
levantar mi humilde voz  
y dirigirle una súplica  
y hacer una observacion  
respetuosa en cosas graves  
que respectan al honor  
y á la moral, eso si,  
porque soy muy moral yo!

CARLOS. Bravo, Rufina, qué estílo!  
Bien se vé que te educó  
la ilustre *Correspondencia*  
con su folletin traidor.

RUFINA. ¿Esta dama misteriosa  
quién es? Por qué se coló  
sin revelarnos su nombre  
extranjero ó español?  
Por qué vino á tales horas  
nocturnas, las que no son  
las decentes, las mejores,  
las propias, ni las *ad hoc*?  
Qué conversacion es esa  
tan piana, que ni un rumor  
moribundo y muy lejano  
hasta mi oido llegó?  
Esta es una casa honrada,  
y aquí dicho sans façons,  
en esto hay gato encerrado  
y no lo consiento yo.

¡Esta es una casa honrada!  
CARLOS. (Pero de dónde sacó  
esta chica que esta casa  
es honrada? Qué ilusion!)  
Rufina. Estás insufrible.  
Me vas á hacer el favor  
de callarte, de dejarme  
y de concluir tu sermon,  
que ni estamos en cuaresma,  
ni á tí nadie te ordenó.

RUFINA. Perdone usted, señorito,  
si me expresé con calor;  
pero mi pecho encendido  
en honrada indignacion,  
con dinamita de celos  
como mina reventó.  
Yo no he tenido la culpa,  
que es usted el pecador.  
Usted puso en mí los ojos,  
yo en usted los míos no,  
porque no vuela tan alto  
este mísero gorrion.  
Á qué dijo que me amaba?  
¿Por qué cuando me miró  
me juró que era más bella,  
con ser morena, que el sol?  
Por qué afirmó que mi talle  
era un junco seductor  
y á veces con ambas manos  
la medida me tomó?  
¿Por qué en mi pecho sencillo  
el tormento del amor  
y la llama de los celos  
y el ánsia de la ambicion,  
encendió con su palabra  
que mi desdicha labró?  
Por qué pulió mi lenguaje  
y me ha dado educacion,  
y ya no digo hespital,  
haiga ni precurador,  
sino mi señor, mi dueño,  
mi vida y mi corazon?

- CARLOS. (Animándose.)  
Porque tienes mucha gracia,  
y porque te ha dado Dios  
un talento colosal  
y una hermosura feroz,  
y unos ojos como cielos  
y para boca un piñon,  
y una mano como nieve. (Cogiendo la mano.)
- RUFINA. Qué cosas tiene usted!
- CARLOS. No.  
Que cosas tienes tú. Ay!  
las quisiera tener yo.  
— Qué cintura tan flexible!  
(Abrazándola. Se oye la campanilla.)
- RUFINA. La campanilla, señor.
- CARLOS. Es que nos llaman al órden.  
Acabóse la sesion.
- RUFINA. Quién será el tal?
- CARLOS. Anda á abrir  
y lo sabremos los dos.
- RUFINA. Don Enrique.
- CARLOS. Puede ser.
- RUFINA. El canalla!
- CARLOS. Hazme el favor,  
Rufina.
- RUFINA. Si ya le he dicho  
que no quiero á ese gorrón,  
á ese perdido en mi casa.
- CARLOS. Pero por amor de Dios!
- RUFINA. Es un pillo!
- CARLOS. Que lo sea;  
exige la educacion...  
Puede ser otro, Rufina;  
que está esperando.
- RUFINA. Allá voy.  
Pero si es él no le abro,  
no señor.
- CARLOS. Cómo que no?  
Qué es esto? Quién manda aquí?  
Quién manda?
- RUFINA. Vaya un furor!  
usted...

- CARLOS. Nadie lo diría.  
RUFINA. (Con mucha dulzura.) Oh, no, su cólera no!  
Obedezco, señorito,  
usted es mi dueño y mi amor. (Sale, fondo )  
CARLOS. Pues nada, que tiene gracia,  
que me gusta y se acabó;  
que si se ríe, está bien,  
y si se enfada, mejor,  
y que la pobre muchacha  
no se merece el fogon;  
y en fin, que yo estoy dejado  
ya de la mano de Dios.

## { ESCENA VI.

CÁRLOS, ENRIQUE, luego RUFINA.

- ENRIQ. (Por el fondo.) Soy yo. Se puede pasar?  
CARLOS. Entra, sí.  
ENRIQ. (Entrando.) Salve dimora  
casta é pura!  
CARLOS. Tú á esta hora?  
(Al fin le ha dejado entrar.)  
ENRIQ. Supe que una prescripcion  
del médico te retiene.  
(Pero qué criada tiene  
tan bonita este bribon!)  
CARLOS. Lo manda la medicina.  
No salgo.  
ENRIQ. (Ya me lo explico.)  
Tengo una sed! Llamo, chico?  
CARLOS. Quieres agua?  
ENRIQ. Sí,  
CARLOS. (Llamando.) Rufina!  
RUFINA. Mande usted. (Por el fondo.)  
CARLOS. Agua.  
ENRIQ. Despacha!  
RUFINA. Sola?  
ENRIQ. Sola.  
RUFINA. El muy...  
CARLOS. Ya empiezas?  
RUFINA. (Bajo á Carlos.) Se la traigo con cabezas

de fósforos?

CARLOS. (Bajo.) No, muchacha!  
(Sale Rufina, fondo.)

ENRIQ. Guapa!

CARLOS. No digo que no.

ENRIQ. Te digo que es guapa.

CARLOS. Sí.

ENRIQ. (Pues por eso estás tú aquí,  
y por eso vengo yo.)  
Hay un cigarro?

CARLOS. Allá va:  
puro ó papel?

ENRIQ. Las dos cosas.

CARLOS. Estas brevas son famosas.  
(Le da puro y papel: se guarda uno y enciende otro.)

ENRIQ. Esta luégo caerá.  
Hay un fósforo?

CARLOS. Tambien.  
(La da un fósforo: saca Carlos una boquilla, en la que coloca su cigarro.)

ENRIQ. Qué linda es esa boquilla!

CARLOS. Un negro.

ENRIQ. Qué maravilla!

CARLOS. Tanto te enamora? Ten.

ENRIQ. Está muy bien acabada.

CARLOS. Es tuya

ENRIQ. No seas tonto.

CARLOS. Tómala.

ENRIQ. No, Carlos.

CARLOS. (Se la da.) Pronto;  
pero si no vale nada.

ENRIQ. Hombre, gracias.

CARLOS. No hay de qué;  
sabes que lo que yo tengo...  
(Enrique pone la boquilla en su cigarro.)

RUFINA. (Por el fondo con el agua.)  
Aquí con el agua vengo.  
(Adios, la boquilla!)

CARLOS. Qué,  
está fresca?

ENRIQ. (Bebiendo.) Fresca está:

sabe á gloria. Sí, querida.  
Por tales manos traída.

CARLOS. (Bajo y con impaciencia.)  
Vamos, hombre, déjala.

RUFINA. Puede.

ENRIQ. Tú dirás que no!

RUFINA. Puede!

ENRIQ. Pues sí que podría  
si quisieras.

RUFINA. (Otro día  
aguarras te traigo yo! (Sale, fondo.)

ENRIQ. (Tiene esta chiquilla un busto,  
y me lanza unas miradas.)

CARLOS. Hombre, deja á las criadas  
en paz, no tengas mal gusto.

ENRIQ. (Ya, delante del señor  
esta se hace la inocente.)  
Mira, Cárlos; francamente,  
vengo á pedirte un favor.

CARLOS. Chico, si lo puedo hacer.

ENRIQ. Por Hortensia vengo á tí.  
Tú la conoces bien.

CARLOS. Sí.

ENRIQ. Es un pozo esa mujer.  
Tiene caprichos fatales  
y complacerla es preciso.  
Estoy en un compromiso.  
Necesito dos mil reales,  
y como no los tenía  
á probar tu amistad vengo.

CARLOS. Pues, chico, si yo los tengo...

ENRIQ. Te los vuelvo cualquier día.

CARLOS. Allá van. (Cárlos abre la cartera.)

ENRIQ. Mil gracias.

CARLOS. No  
me dés gracias.

ENRIQ. Chico, sí.

CARLOS. Hoy tú me pides á mí.  
mañana te pido yo.

ENRIQ. No eres tú como los otros,  
que tú eres un caballero.

CARLOS. Si ya sabes que el dinero

es comun entre nosotros.

## ESCENA VII.

DICHOS, PEPE, luego RUFINA.

- PEPE. (Por el fondo.)  
Muy buenas noches tunantes.
- ENRIQ. Se te dá la bien venida.
- CARLOS. ¡Pobre Pepe de mi vida  
si llegas á venir ántes!
- PEPE. Conque en casa encerradito?
- CARLOS. Un catarro me retiene.
- PEPE. (Pero; qué criada tiene  
tan bonita este maldito!  
Tiene una cara divina!)
- CARLOS. Ya me encuentro casi bien.
- PEPE. Tengo una sed!
- CARLOS. Tú tambien?  
Quieres agua?
- PEPE. Sí.
- CARLOS. (Llamando.) Rufina!
- RUFINA. Señor. (Por el fondo.)
- CARLOS. Trae agua.
- PEPE. Al contado.
- RUFINA. Que traiga agua?
- CARLOS. Sí, mujer.
- RUFINA. Volando. (Voy á poner  
un puesto de agua en el Prado.) (Sale fondo.)
- CARLOS. (Estos pillos!)
- ENRIQ. Oye aquí,  
Cárlos, me ocurre una idea  
soberbia.
- CARLOS. Dí lo que sea.
- ENRIQ. Es en provecho de tí.
- PEPE. No lo creo.
- ENRIQ. Sí por Dios.  
Pues que no puedes salir,  
nos debiamos venir  
á almorzar.
- CARLOS. Venid los dos,  
y así me haceis compañía.

- ENRIQ. (Un almuerzo! Será fino.)  
 CARLOS. Así probareis mi vino.  
 Un madera... ¡cosa mia!  
 ENRIQ. Traigo á Hortensia?  
 CARLOS. Bueno fuera  
 que nos faltaran sus ojos,  
 PEPE. Mirando á sus labios rojos  
 voy á envidiar el madera.  
 CARLOS. Pero ella querrá venir?  
 ENRIQ. Como ya sois conocidos.  
 Pero estareis comedidos?  
 CARLOS. Ni una flor nos ha de oír.  
 PEPE. Soberbio almuerzo se fragua!  
 ENRIQ. Y tú?  
 PEPE. Yo estaré hecho un santo.  
 Y eso que me gusta tanto!  
 (Entra con el agua Rufina.)  
 Tengo aquí más fuego. (Por el corazón.)  
 RUFINA. (Presentando el vaso.) Agua.  
 PEPE. Venga.  
 CARLOS. (Todos son pretextos  
 para mirarla mejor.)  
 (Pepe bebe despacio, mirando á Rufina.)  
 PEPE. Tienes novio?  
 RUFINA. No señor.  
 PEPE. Con esos ojos?  
 RUFINA. Con estos.  
 PEPE. Pues, chica, no tiene nombre.  
 RUFINA. Pues le tengo.  
 PEPE. Es un decir.  
 Pues se debían morir  
 muchos por tí.  
 CARLOS. (Bajo ) Vamos, hombre!  
 RUFINA. Pues no ha muerto uno siquiera.  
 PEPE. No, pues yo me moriré!  
 RUFINA. Puede.  
 CARLOS. (Á Rufina.) Vamos, márchate!  
 (Entra por el fondo Ernesto.)  
 ERN. Muy buenas noches.  
 CARLOS. (Á Rufina.) Espera.  
 RUFINA. Tiene usted algo que mandar?  
 CARLOS. Tienes tú sed, chico?

ERN. Yo!

CARLOS. Tú no quieres agua?

ERN. No.

CARLOS. No? Pues te puedes marchar.

(Sale Rufina por el fondo.)

## ESCENA VIII.

CÁRLOS, PEPE, ENRIQUE, ERNESTO.

ERN. Qué es esto?

CARLOS. Pues qué ha de ser,  
una broma.

PEPE. Por supuesto.

CARLOS. Cuánto te agradezco, Ernesto,  
tu visita.

ERN. Es un deber.

PEPE. Venid y sentémonos.

CARLOS. Á sentarse. Fumareis?  
Puro ó papel ¿qué quereis?

ENRIQ. Á mí dame de los dos.  
(Cárls reparte cigarros.)

CARLOS. Toma. (Á Enrique.)

ENRIQ. (Al cigarro.) De los buenos eres.  
(Se sientan todos.)

PEPE. Ahora á hablar y á murmurar.

ERN. ¿Y de qué vames á hablar?

PEPE. Pues, hombre, de las mujeres,  
de sus rostros siempre bellos,  
de sus ojos como estrellas.

CARLOS. Ellos solos hablan de ellas.

ENRIQ. Y ellas solas hablan de ellos.

PEPE. De nosotros? Presumidos.

La edad me desengañó.

No hablan de nosotros, no.

ERN. Pues de quién?

PEPE. De sus vestidos.

De telas lindas ó feas

á que dan extraños nombres,<sup>1</sup>

y cuando hablan de los hombres  
dicen pestes.

ERN. No lo creas.

- PEPE. Tengo ejemplos infinitos  
y ya soy hombre machucho.
- ENRIQ. Pues si las gustamos mucho.
- ERN. No será por lo bonitos.
- CARLOS. Hombre, estás en un error.  
Hay feos á centenares;  
pero los hay regulares,  
y hasta guapos, sí señor.  
Un moreno de ancha frente  
y ojos como estos que ves  
y un buen bigotazo, es  
una belleza imponente.
- PEPE. Ya somos graves señores  
y no somos voto en esto.
- CARLOS. Que hable un jóven.
- PEPE. Que hable Ernesto.
- ENRIQ. Que nos cuente sus amores.
- ERN. Yo amor? Quién os ha engañado?
- CARLOS. Ayer noche te vendiste.
- PEPE. Tú estás flaco.
- ENRIQ. Tú estás triste.
- CARLOS. Luégo estás enamorado.  
¿Me equivoco?
- ERN. No vas mal.
- CARLOS. Qué mucho que amor te abraze?
- PEPE. Que hable!
- ENRIQ. Que cuente!
- CARLOS. Que pase  
al sillón presidencial!  
(Le sientan en el sillón: le rodean todos con gran  
algazara.)
- ERN. No es secreto. Al fin y al cabo  
lo sabreis, aunque no quiera.  
Yo amo á una niña hechicera,  
que es mi vida!
- TODOS. ¡Bravo, bravo!
- CARLOS. Es jóven?
- ERN. Pocos abriles.
- PEPE. Y los ojos?
- ERN. Como añil.
- ENRIQ. La boca?
- ERN. Una flor.

- CARLOS. Perfil.
- ERN. El mejor de los perfiles.
- PEPE. Y su frente?
- ERN. Blanca frente.
- ENRIQ. Y su mano?
- ERN. Breve mano.
- CARLOS. Y su cuerpo?
- ERN. Más que humano.
- CARLOS. ¿Y vás bien?
- ERN. Perfectamente.
- Con sus labios de carmin  
un sí me ha llegado á dar  
y la llevaré al altar!
- CARLOS. Al altar!
- PEPE. ¿Vas con buen fin?
- ERN. Si es honrada.
- PEPE. Quién creyera!
- ERN. Si la adoro!
- ENRIQ. Calla, calla!
- PEPE. Que se quite!
- CARLOS. Que se vaya  
de ese sillón!
- TODOS. ¡Fuera, fuera!
- (Le echan del sillón.)
- CARLOS. El hombre casamentero.  
Se te pide una aventura  
y nos haces la pintura  
de un mal entremes casero.
- PEPE. Valiente chasco nos dió.
- CARLOS. Quítate ya de mi vista.
- ENRIQ. Queremos una conquista.
- PEPE. Pues para conquistas, yo.
- CARLOS. Al sillón! (Sientan en el sillón á Pepe.)  
(Á Ernesto.) Ven á aprender.
- ENRIQ. ¿Es digna de ser contada?
- CARLOS. Es conquista realizada?
- PEPE. No, pero pienso vencer.
- CARLOS. Detalles.
- PEPE. No puedo dar  
muchos, que eres mal compadre.
- CARLOS. Vive sola?
- PEPE. Con su madre.

(Los quiero desorientar.)

CARLOS. Es joven?

PEPE. Pocos abriles.

CARLOS. Y los ojos?

PEPE. Como añil.

ENRIQ. La boca?

PEPE. Una flor.

CARLOS. Perfil.

PEPE. El mejor de los perfiles.

CARLOS. Ernesto, aunque no te cuadre,  
por las señas yo diría  
que es la misma.

ERN. No, la mía  
no vive ahora con su madre.

CARLOS. Pero estais ya concertados?

PEPE. No, viven tan retiradas;  
mas se han cambiado miradas  
y suspiros apagados.  
De hablarla he buscado modo;  
pero desgraciado soy.

CARLOS. Pues una carta...

PEPE. Á eso voy.

ENRIQ. Bravo! Se escribe entre todos!

CARLOS. Á la mesa!

ENRIQ. Dictaré.

ERN. Hombre, me estais dando ira.

CARLOS. Por qué?

ERN. Parece mentira!

CARLOS. Parece mentira ¿qué?  
Usa términos más suaves.

¿Qué te produce extrañeza?

ERN. Que trateis con ligereza  
cosas tan graves.

CARLOS. Tan graves!

ERN. Ese desprecio profundo  
me causa pena y dolor.

CARLOS. Grave el amor?

ENRIQ. El amor!

PEPE. Este chico es de otro mundo.

CARLOS. Principia el canto amatorio.

PEPE. (Escribiendo.) «Perpétuo imán de mi vida,  
perla sin concha escondida.

- CARLOS. Alto, que eso es del *Tenorio*.  
Procura variar de forma.
- ENRIQ. Fuera el romántico alarde.
- PEPE. Pues vaya otra: «Ah! ya muy tarde.
- ENRIQ. Te he conocido.» Eso es *Norma*.
- PEPE. Qué exigentes. «Vida mia,  
flor de celeste capullo.»  
Y esto, ¿qué tal?
- CARLOS. Eso es tuyo;  
pero es una tontería.
- PEPE. Tontería?
- CARLOS. Cabalmente.
- PEPE. Dicta tú.
- CARLOS. (Cárlos dicta: Pepe escribe.) Si dictaré.  
«Deseo hablar con usted  
dos minutos solamente.  
Escúcheme usted por Dios,  
que un caballero la jura,  
que va en ello la ventura  
y la dicha de los dos.»  
Basta. Esa niña hechicera  
tus miradas solicita.  
La curiosidad la incita  
y ella busca la manera.  
Más tarde, cuando la vieres,  
la hablas de amor, claro y pronto.  
Con cartas, no seas tonto,  
no se conquistan mujeres.  
¿Conque esto es villano? (Á Ernesto.)
- ERN. (Bajo á Cárlos.) Sí.  
Ténlo, chico, por seguro.  
Por ellos yo no me apuro:  
lo siento sólo por tí.  
Porque ellos son lo que son,  
pasto de locos placeres,  
y tú, con tus faltas, eres  
un hombre de corazon.
- CARLOS. Si el mundo en sério se vé  
vivir, chico, no podrás.
- PEPE. (Á Ernesto.) Conque tú te casarás?
- ERN. Vaya, si me casaré.
- PEPE. Harás una tontería.

- ENRIQ. Sufrirás duelos prolijos.  
ERN. Bueno, y tendré muchos hijos.  
PEPE. Y muchas amas de cría.  
ERN. Tanto mejor.  
ENRIQ. Estás loco!  
PEPE. Si vieras lo que se pasa.  
ERN. Y no entrareis en mi casa!  
CARLOS. Yo tampoco?  
ERN. Tú tampoco.  
Os tengo bien conocidos  
y la puerta os cerraré.  
CARLOS. Á tus amigos? Por qué?  
ERN. Porque sois unos perdidos,  
porque no tendreis jamás  
un sentimiento sincero;  
tan perdidos que no quiero  
estar con vosotros más.  
CARLOS. Escucha! Esta es la más negra,  
hombre! Vuelve á la razon.  
ERN. Nada, adios.  
ENRIQ. Adios, Caton!  
PEPE. Expresiones á la suegra!  
(Sale Ernesto por el fondo.)

## ESCENA IX.

DICHOS ménos ERNESTO.

- PEPE. Está loco.  
ENRIQ. Reinatado.  
CARLOS. Vive en un error profundo.  
Toma por lo serio el mundo  
y ha de ser muy desgraciado.  
PEPE. No puede tener buen fin.  
ENRIQ. Se casará tan sereno.  
CARLOS. La vida del hombre bueno,  
Nace feo y chiquitin.  
PEPE. Al año, oh! prodigio extraño!  
va á la escuela el motilon.  
ENRIQ. Y se sabe la leccion  
todos los dias del año.  
CARLOS. No dá en casa malos ratos

- ni le gusta andar de pingo.
- PEPE. Y vá al Retiro el domingo  
para echar pan á los patos.
- ENRIQ. Cuatro carreras cabales  
concluye brillantemente.
- CARLOS. Y le nombran escribiente  
con cuatro ó cinco mil reales.
- PEPE. Hace trabajos prolijos;  
mas de escribiente no pasa.
- ENRIQ. Y vé á una cursi y se casa.
- CARLOS. Y tiene veintidos hijos.
- PEPE. Y le quita el director.
- ENRIQ. Y de más chicos se llenan  
y mueren de hambre.
- CARLOS. Y se cenan  
un dia al hijo mayor.
- PEPE. Mas la esposa del cuitado  
vé al director en su nombre.
- ENRIQ. Y al otro dia el buen hombre  
es jefe de negociado.  
(Se rien á carcajadas.)
- CARLOS. Jesús! Qué barbaridad!
- PEPE. Por desatinos lo tomas.  
Pues mira, parecen bromas,  
pero suelen ser verdad.
- CARLOS. Hombre, no digo que no.
- ENRIQ. Así acaban más de tres.
- PEPE. Pero mira qué hora es.
- ENRIQ. El tiempo se nos pasó.
- PEPE. Vamos.
- CARLOS. Me vais á dejar?  
Que al almuerzo no falteis.  
Qué mala lengua teneis!
- PEPE. Mira que tú.
- CARLOS. Regular.
- ENRIQ. Tú de los peores eres.  
(Coge el baston que estaba sobre una silla.)  
Hombre! Qué equivocacion!  
¡Me llevaba tu baston!
- CARLOS. Pues llévatele si quieres.  
(Salen por el fondo. Enrique se lleva el baston.)

## ESCENA X.

CÁRLOS.

CARLOS. Se van mis amigos fieles,  
y aquí me quedo aburrido.  
Pues, señor, el día ha sido  
de cartas y de papeles.  
El marido calavera  
que escribe cartas amantes;  
la esposa que ha escrito ántes  
lo que escribir no debiera;  
cartas de aquí para allí,  
una que entra, otra que sale;  
pero sobre todas vale  
la carta que tengo aquí.  
Dos ó tres veces al día  
la leo. Pobre chicuela! (Saca una carta.)  
Desde el convento Gabriela  
me escribe. Triste hija mia!  
Se queja, y tiene razon:  
el colegio es su tormento.  
¡Con qué dulce sentimiento  
quiere herir mi corazon! (Lee.)  
«Papá mio: tu hija aunada  
»te escribe desesperada,  
»y al hacerlo, se consuela.  
»Sácame de esta morada:  
»mira que es muy desgraciada  
»tu Gabriela.  
»No me acostumbro á vivir  
»entre monjas, y sufrir  
»ya no pueden mi desvío,  
»pues si es pecado mentir,  
»no las puedo resistir,  
»papá mio.  
»Si lloro, dicen que lloro;  
»si rio, que es un desdoro;  
»si rabio, que de ira estallo;  
»si charlo, me llaman loro;  
»si callo, riñen en coro

»porque callo.  
»Sufro penas infinitas:  
»si al jardín hago visitas,  
»no me dejan coger flores.  
»Como ellas están marchitas,  
»les duele ver las hojitas  
»de colores.  
»Pasan años en mi daño,  
»y me tienes con engaño  
»presa en tan triste paraje.  
»Pues mira, no será extraño  
»que yo me muera este año  
»de coraje.  
»Me hablan de votos mejores:  
»dicen que ajenos dolores  
»debo purgar, y en mis sustos  
»pienso que con sus errores  
»fastidian los pecadores  
»á los justos.  
»Á tu lado sonriente  
»viviré divinamente,  
»y causaré tu embeleso,  
»y dormiré dulcemente  
»al darme adios en la frente  
»con un beso.  
»Que mi cárcel se taladre:  
»sácame, aunque no les cuadre,  
»de esta, que es sepulcro frio,  
»y pues que murió mi madre,  
»que no me quede sin padre,  
»papá mio! (Guarda la carta.)  
Hay aquí tantos enojos,  
tal candor y tanto aroma,  
que apenas la risa asoma  
cuando se nublan los ojos.  
Un perdido, un libertino;  
pero no un vil es tu padre,  
y á no haber muerto tu madre,  
otro fuera tu destino.  
Traerla á mi lado! Sí, sí.  
Á mi casa la hija mia!  
Qué cosas aprendería

la desventurada aquí!  
Qué ejemplos llegara á ver?  
Quién la podría cuidar,  
ni quién la puede enseñar,  
ni de quién puede aprender?  
Á casa con este coro  
de amigos, no por quien soy.  
Ninguno sabe hasta hoy  
que yo guardo tal tesoro.  
Ah! si yo te falto un dia,  
tal vez será tu tormento  
morir en ese convento  
que aborreces, hija mia!  
Por mis faltas padecer  
fué el destino de los dos!  
Mas basta, basta por Dios,  
que me voy á entristecer.  
Fuera las filosofías!  
Es jóven, discreta, hermosa!  
Al cabo será dichosa  
y ya vendrán otros dias.  
Y yo al placer y al amor.  
y á olvidar, á la que fué,  
y el sombrero y al café  
que es el remedio mejor.  
(Se pone el gaban y el sombrero, que estaban tirados por las sillas.)  
Iré con esos bribones  
á cenar como un valiente.  
Yo soy libre, independiente  
y dueño de mis acciones.

## ESCENA XI.

CÁRLOS, RUFINA por el fondo.

RUFINA. (Deteniéndole.)

Donde vá usted, señorito?

CÁRLOS. Qué donde voy? Al café.

RUFINA. Á las doce se vá usted!

CÁRLOS. Y qué?

RUFINA. Que no lo permito!

CARLOS. Mujer, me voy á charlar.

RUFINA. Mas si está usted constipado.

CARLOS. Ay! se me había olvidado.

RUFINA. Se tira usted á matar.

Sale usted, la noche es fria,

vino, calor y cigarro,

y lo que ha sido catarro

se convierte en pulmonía.

La sangre se le desata

y le asfixia y le sofoca,

y echa el pulmon por la boca

lo mismo que la Traviata.

Si usted se lanza á la calle

hasta el dia no le espero.

¿Qué vá á decir el burrero

cuando venga y no le halle?

CARLOS. Es verdad.

RUFINA. Que vá á decir?

Buen escándalo habrá dado.

CARLOS. Ay! se me había olvidado

que tenía que venir.

RUFINA. Sí no hay cabeza que iguale

á la de usted.

CARLOS. De chorlito.

RUFINA. No se sale, señorito.

CARLOS. Rufina!

RUFINA. Que no se sale!

En casa se queda hoy

y no me mire perplejo.

Deje el sombrero.

CARLOS. (Dejándose.) Le dejo.

RUFINA. Y fuera ese abrigo.

CARLOS. (Se quita el abrigo.) Voy.

RUFINA. Irse con esos troneras

que le van á pervertir!

CARLOS. Á pervertirme?

RUFINA. Á dormir

ahora mismo.

CARLOS. Como quieras.

RUFINA. Ahora se apaga el quinqué.

CARLOS. Bueno.

(Rufina enciende dos palmatorias y apaga el

quiqué.)

RUFINA. La cama es la gloria!  
Venga aquí mi palmatoria  
y vaya allá la de usted.

(Le dá una vela encendida.)

Si está mañana mejor,  
veremos.

CARLOS. (Que vivaracha!)

(Con su luz en la mano.)

Muy buenas noches, muchacha.

RUFINA. (Con su luz en la mano.)

Muy buenas noches, señor.

CARLOS. Muy buenas noches, chiquilla.

RUFINA. Muy buenas, vamos andando.

CARLOS. (Parece que estoy cantando  
el Barbero de Sevilla.)

RUFINA. Conque, señor, á dormir.

CARLOS. Adios, Rufinita.

RUFINA. Adios.

Que se le quite la tos  
y no me dé que sentir.

(Sale por la derecha, donde se supone su cuarto:  
cierra la puerta con llave: debe oirse distintamen-  
te el ruido de la llave en la cerradura.)

## ESCENA XII.

CÁRLOS.

Yo haré al fin el desatino.

Acabo así la jornada.

¡Me caso con la criada!

¿Que dirán en el casino?

(Se dirige á la izquierda, cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion: el lugar del velador lo ocupa la mesa de comer.

### ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.

Buena tarde se presenta.  
Un almuerzo superior  
y unos amigos alegres  
y una mujer como un sol.  
Comida, café, cigarros  
y vino y conversacion,  
y si á alguno se le sube  
el champagne, mucho mejor.  
De Fornos mandé traer  
un almuerzo com'il faut,  
porque si encargo á Rufina  
que guise, válgame Dios!  
¿quién come? Nos hace callos  
ó caracoles, ó arroz  
con bacalao y almejas  
y nos da una indigestion.  
La mesa aquí, que es buen sitio  
y está frio el comedor

y hay aquí más alegría,  
más espacio y más confort.  
Buena tarde se presenta.  
Se me alegra el corazón!

## ESCENA II.

CÁRLOS, ERNESTO, fondo.

CARLOS. Cómo, Ernesto, por acá?

ERN. Por esta calle pasaba,  
y para verte...

CARLOS. Pensaba  
que no volverías ya.

ERN. Por qué no volver aquí?

CARLOS. Como tan mal nos trataste  
y de todos renegaste.

ERN. De los otros, no de tí.  
Esos son malos amigos.

CARLOS. Has hecho bien en entrar.  
Ahora podemos hablar  
sériamente y sin testigos.  
Cuanto nos dijiste ayer  
de tu amor, de tu pasión,  
de tu proyectada unión,  
¿fué una broma?

ERN. Qué ha de ser.

Os dije lo que sentí  
y os reisteis en coro.

CARLOS. Luego tú quieres?

ERN. Adoro.

CARLOS. Y piensas casarte?

ERN. Sí.

CARLOS. Pues, Ernesto, la verdad  
escucha, aunque no te cuadre.]  
Yo te quiero cual un padre.  
Casi te doblo la edad.  
Ese devaneo olvida.  
Oye la voz del cariño.  
Eres todavía un niño  
y no conoces la vida.

Al sacrificio dispuesto  
estás ya. Tendrás mujer,  
hijos pronto. ¡Qué vá á ser  
de tu porvenir, Ernesto!  
Nunca podrás prosperar!  
Cuánta y qué triste vigilia!  
El peso de una familia  
no te dejará marchar.  
Eres jóven: nada ves  
y te arrastran tus antojos.  
Despues, cuando abras los ojos,  
¡qué infeliz serás despues!  
oye la voz de un amigo.  
Ya la escucho, pero en vano.  
El aconsejar es llano.  
Eso mismo me lo digo  
mil veces. Yo de ese modo  
me aconseje: no quererla  
me propongo; pero al verla,  
al verla lo olvido t odo.  
Habras tal vez como un sabio,  
pero el alma es una loca.  
¡Hay tal frescura en su boca  
y tal sonrisa en su labio!  
Y despues de todo. ¿dí?  
Si me ama ¿por qué no amar?  
Mi suerte no es de envidiar  
¿y cuál es tu suerte aquí?  
Amar tambien! Trite error.  
Son tus amores comprados  
y han perdido de gastados.  
hasta el dejo del amor.  
Solicitar importuno  
tal cual frívola mujer,  
que no te puede querer,  
porque no quiere á ninguno.  
No es eso lo que yo espero.  
Un ángel mi alma divisa.  
Busco la primer sonrisa  
y busco el amor primero,  
amor que no se consume,  
y del sol el primer rayo

ERN.

y la primer flor de Mayo  
que me dé el primer perfume!  
CARLOS. Quién lo que pides no quiere?  
Luces, flores, ambrosía.  
Ay! Ernesto, esa poesía  
con el matrimonio muere.  
Viven esposo y esposa  
en tal círculo encerrados:  
hallan, aunque enamorados,  
detalles de tanta prosa:  
tanto se sacian de hablar  
y de mirarse el semblante:  
es vida, en fin, tan constante,  
tan íntima, tan vulgar;  
que un par de años al correr  
con alas hechas girones,  
se marchan las ilusiones  
y ya no quieren volver.  
Sí, que es bella, que es la cumbre,  
no la hay más, convengo en ello:  
mas si el amor á lo bello  
se pierde con la costumbre.  
Nada hay más bello que el sol  
cuando asoma por Oriente,  
ó cuando esconde la frente  
entre nubes y arrebol.  
¡Cuántas veces considera  
vuelves á casa aburrido,  
sin haberle dirigido  
una mirada siquiera!  
Hoy es tu diosa adorada,  
es divina, te enloquece:  
mañana no te parece  
guapa, ni fea, ni nada.  
Ya en verla no te complaces,  
la ilusion se perdió ya,  
tras ella el amor se va,  
y entóncees, dime, ¿qué haces?  
dime, Ernesto? ¿Confesar  
y decir que no la quieres,  
y buscar otros placeres  
lejos del cansado hogar,

ver el llanto que la abrasa,  
desgarrar su corazon,  
y arrojar la confusion  
y el desórden en tu casa,  
ó disimular, mentir,  
torturar tu pensamiento,  
simular un sentimiento  
que ya no puedes sentir,  
sufrir cansada agonía  
en los brazos de tu esposa,  
arrastrar vida espantosa  
de lucha, de hipocresía,  
y al cabo darte al demonio  
y maldecir tu locura?...  
No te cases! La ventura  
no existe en el matrimonio!

ERN. De tu discurso el final  
me hizo impresion.

CARLOS. Algo fué.

ERN. Con todas me casaré  
menos con una.

CARLOS. Con cuál?

ERN. Contra toda mi pasion,  
á ser tu padre, yo huiría  
de tu hija, porque tendría  
la duda en su corazon!  
Adios!

CARLOS. Oye, espérate.  
Ya pronto vendrán los otros.  
Almorzarás con nosotros.

ERN. Con ellos? Dispénsame.

CARLOS. Hombre!

ERN. Á estar solos los dos.

CARLOS. Pero qué manía es esa?

(Entra Rufina con todo lo necesario para poner la mesa.)

Ya van á poner la mesa.

¿No esperas?

ERN. No, chico, adios. (Sale, fondo.)

## ESCENA III.

CÁRLOS, RUFINA.

CARLOS. Hola, hola, cuánto plato,  
y botellas! buen surtido!  
Y los mozos, han traído  
la comida?

RUFINA. Ya hace rato.

CARLOS. Se marcharon?

RUFINA. Si, señor,  
por su orden los despedí.  
(Rufina coloca el mantel en la mesa.)

CARLOS. No quiero extraños aquí,  
tú nos servirás mejor.

RUFINA. Vaya si los serviré.

CARLOS. Pues ve poniendo la mesa,  
no nos pillen por sorpresa.

RUFINA. Pero dígame usted.

CARLOS. Qué?

RUFINA. Qué almuerzo es este?

CARLOS. Hija mia...  
un almuerzo... yo convidó.  
No salgo, estoy aburrido  
y me busco compañía.  
Cambio de servicios son  
entre amigos.

RUFINA. Claro está.

CARLOS. Yo pongo el almuerzo.

RUFINA. Ya.

CARLOS. Y ellos la conversacion.  
Yo tengo amigos, ¿lo ves?

RUFINA. Sí, pero no le convienen;  
usted paga, y ellos vienen  
á comernos por los piés.  
Siempre metidos aquí!

CARLOS. Calla!

RUFINA. Siempre de palique.  
La idea es de don Enrique,  
de fijo.

CARLOS. No, no.

RUFINA. Sí, sí.

Á costa de la amistad  
vive de gorra el maldito.

CARLOS. Rufina!

RUFINA.                    Ese señorito  
es una calamidad!  
Le quiero á usted, le soy fiel  
y ya la copa rebasa.  
Don Cárlos, no hay nada en casa  
desde que ha venido él.  
Él se lleva las boquillas,  
los bastones, los vegueros  
mejores, y los sombreros,  
y las cajas de cerillas,  
todo.

CARLOS.            Estás en un error.

RUFINA. Qué extraño que me querelle:  
á mí me han quitado el fuelle  
de la cocina, señor.

CARLOS. Pero tú supones?...

RUFINA. Sí.  
Y sé muy bien lo que digo.

CARLOS. Vamos, basta, él es mi amigo.  
y no le trates así.  
Su mejor amigo soy,  
y él es mi amigo mejor..  
Cállate, y haz el favor  
de poner la mesa.

RUFINA. Voy.  
Aquí un plato. (Le coloca.)

CARLOS. Para mí,  
otro para don Enrique.  
Quieres que te lo suplique?

RUFIN. (Le pone al otro extremo.)  
Bien, le pondremos aquí.

CARLOS. Pepe aquí.

RUFINA. (Coloca el tercero ) Ya están los tres:  
don Ernesto no vendrá.

CARLOS. Pon otro cubierto allá.

RUFINA. Otro?

CARLOS.                    Sí.

RUFINA.                    Para quién es?

CARLOS. Para otro amigo.

RUFINA. Qué amigo?

CARLOS. No le conoces tú.

RUFINA. No.

CARLOS. Enrique le presentó.

RUFINA. Ese hombre es nuestro castigo!

Como la langosta cae

aquí. Nuestra ruina toco.

Aún piensa que come poco,

y á los amigos se trae.

CARLOS. (Buena la hicimos ahora!)

Mujer... la amistad me obliga.

No es amigo, es una amiga.

RUFINA. Una amiga!

CARLOS. Una señora!

RUFINA. Una mujer! (El infiel!)

CARLOS. Una señora.

RUFINA. Ya, ya,  
comprendo. Buena será  
cuando nos la trae él!

CARLOS. Te pones hecha una arpía  
por nada! Que esto concluya!  
Es una parienta suya.

RUFINA. Parienta?

CARLOS. Sí, prima ó tía.

RUFINA. Al fin salgo de mi error.  
Sé lo que fraguan los tres.  
Esto comida no es.  
Es una orgía, señor!  
Y con serena pupila  
he de mirar cono allana  
una impura cortesana  
esta morada tranquila!  
Y he de servir á ese tuno,  
baldon de la juventud,  
yo que soy una virtud  
como aquí le consta á alguno!  
Oh! qué casa! Buena vá!  
Y no quiere que me aflija.  
Si aquí estuviera su hija  
¿que diría?

CARLOS. Calla ya!

Y acaba con esos modos!  
Á su obligacion, doncella!  
Tú la servirás á ella  
y al otro y á mí y á todos!  
Porque si no te despidos.

RUFINA. Á mí despedirme?

CARLOS. Sí.

RUFINA. (Llorando.)

Ay! pobrecita de mí!  
Ay! por qué le he conocido!  
Ay! por qué mi juventud  
escondo en esta mansion  
y alimento una pasion  
que me lleva al ataud!

CARLOS. Pero hija... pero mujer...

(La tendré que consolar!)

RUFINA. (Con mucha dignidad.)

Oh, basta! no más hablar.  
Cumpliré con mi deber,  
aunque este deber me humilla.  
(Coge un plato.)  
¿Es este su sitio?

CARLOS. Sí.

Ponlo aquí.

RUFINA. Si?

(Rompiéndole contra la mesa.) Pues aquí!

CARLOS. ¡Que me rompes la vajilla!

RUFINA. Otro plato? (Rompiéndole.)

CARLOS. No por Dios!

RUFINA. Y la copa? (Rompiendo la copa.)

CARLOS. Cielo santo!

RUFINA. Lo vé usted? Pues otro tanto  
haría yo con los dos!  
(Sale, fondo.)

CARLOS. Vaya un rato que me ha dado  
el diantre de la mujer!  
Acabará de poner  
la mesa. Me ha mareado!  
(Sigue poniendo la mesa.)  
Y no la falta razon.  
Es una chica decente,  
y esta casa, francamente,

no es casa, esto es un meson.  
Estará llorando dentro  
y con razon se querella.  
Aquí pondré una botella.  
Así adornaremos el centro.  
(Coge una botella.)

## ESCENA IV.

CÁRLOS, JULIA.

- CARLOS. Es un Jerez que enamora.  
De fuego sus gotas son.  
(Contempla la botella. Julia entra por el fondo.)
- JULIA. Carlos.
- CARLOS. Julia! (En qué ocasion  
viene esta buena señora!)
- JULIA. Llena de impaciencia vengo.  
No me pude contener.  
Necesitaba saber...  
Esas cartas?
- CARLOS. Ya las tengo.  
Las guardo en mi papelera  
cual depósito querido  
sin haberlas dirigido  
una mirada siquiera.
- JULIA. Tal discrecion es hoy rara.  
Gracias por la amiga mia.
- CARLOS. Mas ¿cómo viene de dia?  
Si su marido llegara...
- JULIA. Como traigo echado el velo  
ninguno me ha conocido.  
Hoy no vendrá mi marido
- CARLOS. ¿No?
- JULIA. Se ha marchado á Pozuelo.  
Á ver nuestra posesion  
ha partido muy temprano,  
y yo al saberle lejano  
aproveché la ocasion.
- CARLOS. Pues, Julia, no está usted bien  
en mi casa.
- JULIA. Dios del cielo!

CARLOS. Su esposo no está en Pozuelo.

JULIA. Pues ¿cómo?

CARLOS. Ha perdido el tren.  
Aquí estuvo y vá á venir.

JULIA. Vá á venir!

CARLOS. Y el tiempo pasa,  
y si la encuentra en mi casa  
¿qué es lo que podrá decir?  
Conque, Julia, estoy violento.

JULIA. Es cierto: aquí mal estoy,  
pero de aquí no me voy  
sin las cartas.

CARLOS. Al momento.

JULIA. Yo veré desde la puerta.  
(Julia se coloca en la puerta del fondo.)

CARLOS. (Buscando sobre la mesa.)  
Y mis llaves? Dónde están?  
(¡Y ahora que todos vendrán!  
Qué ocasión!) Esté usted alerta.

JULIA. Carlos!

CARLOS. Qué pasa?

JULIA. Han llamado!

CARLOS. (Sigue buscando.)  
Aquí estaban! Estoy cierto!

JULIA. Carlos!

CARLOS. Señora!

JULIA. Han abierto!

CARLOS. Por aquí las he dejado.

JULIA. Dios mío! Carlos!

CARLOS. Señora!

JULIA. Es su voz!

CARLOS. Es su voz?

JULIA. Sí.

CARLOS. Escóndase usted aquí.  
(Á ver que hacemos ahora!)  
(Julia sale puerta proscenio, izquierda.)

## ESCENA V.

CÁRLOS, PEPE. Fondo.

PEPE. Aquí estoy, Carlos del alma!

Aún no son las doce y media  
Yo soy puntual á las citas,  
sobre todo, si se almuerza.  
Bravo! La mesa en el centro.  
Buena tarde se presenta.  
¡Comeremos, beberemos!

CARLOS. (Cómo trae este la lengua.)

PEPE. Si llego á acordarme á tiempo  
me traigo media docena  
de amigas.

CARLOS. (María Santísima!  
Entornada aquella puerta.  
Está oyendo!) Hombre, por Dios!  
Qué disparate!

PEPE. Te la echas  
ahora de formal conmigo.

CARLOS. Hombre, no.

PEPE. Pero qué señas?

CARLOS. Señas? (Si hacerlas no puedo.)

PEPE. Chico, aún me rio de veras,  
con toda mi alma!

CARLOS. Por qué?

PEPE. Si tú vieras qué inocencia!  
Como este almuerzo, esta orgía,  
concluirá cuando Dios quiera  
y no he de comer en casa  
y daré tarde la vuelta,  
para evitarme preguntas  
y riñas y caras serias,  
esta mañana la dije  
á mi querida parienta:  
Julia, me voy á Pozuelo,  
á mi posesion.

CARLOS. Y ella?

PEPE. Como la pobre es tan simple,  
lo creyó, Carlos!

CARLOS. (Aprieta!  
Mañana busca otro Fausto  
para vengarse!) No ofendas  
á tu mujer.

PEPE. No la ofendo.  
Por supuesto, vendrá Hortensia?

CARLOS. Pienso que sí.

PEPE. Qué bonita!

CARLOS. (Es terrible cuando empieza.)

PEPE. Los ojos como una mora,  
la boca cual una fresa!  
Ah! me olvidaba decirte.  
Tengo que contarte.

CARLOS. Cuenta.

(¡Otro disparate más!)

PEPE. Pronto tendré la respuesta.

Ya mandé la carta.

CARLOS. ¿Sí?

Qué carta?

PEPE. La carta aquella

CARLOS. (Nada, todo, dilo todo!)

Mas ¿qué carta?

PEPE. No te acuerdas?

La que escribimos anoche  
á mi conquista, á mi bella  
desconocida, á mi amor,  
por la que muero de penas.

CARLOS. Bien, sí; déjame de amores.

PEPE. Buena tarde se presenta!

CARLOS. Eso sí, no empieza mal.

PEPE. Va á ser buena.

CARLOS. Pero buena!

## ESCENA VI.

DICHOS, HORTENSIA, ENRIQUE. Fondo.

ENRIQ. Muy buenas tardes, señores.

CARLOS. Aquí tenemos á Hortensia.

PEPE. Tal honra para nosotros!

CARLOS. En mi casa tal belleza!

HORT. Por ser la suya he venido,  
que á ser de otro no viniera.

CARLOS. Yo la daría á usted gracias,  
mas es cosa que no aprecia,  
porque á la que tantas tiene  
para qué la sirven éstas.  
Desde que ha llegado á casa

el balcon de sobra queda,  
porque por esos cristales  
salen más luces que entran.  
Es usted la más hermosa,  
que por las calles pasea,  
y eso que por esas calles  
parece que nacen perlas.

ENRIQ. Pero hombre! (Bajo )

CARLOS. (Bajo á Enrique.) Y los vasos de agua?  
Ahora mi venganza empieza.  
Pero tome asiento.

HORT. Gracias.

(Se sientan juntos Carlos y Hortensia.)

PEPE. (Ahora á su lado se sienta.  
Este hombre las caza al vuelo!)

ENRIQ. ¿No ves cómo la requiebra?

PEPE. Bonita caña.

ENRIQ. Es de ese.

Estaba en la bastonera,  
le dije que me gustaba,  
y como tiene esa régia  
esplendidez, se empenó  
que me quedara con ella.  
y con ella me he quedado.

PEPE. Tú te has quedado con ésta,  
y él se vá á quedar con la otra!  
(Señalando á Hortensia.)

ENRIQ. Por supuesto.

PEPE. No se almuerza?

ENRIQ. Yo tengo apetito.

HORT. Y yo.

CARLOS. (Toca á un timbre.)  
Pues llamemos y á la mesa.

ENRIQ. Hortensia á mi lado.

PEPE. Al mio.

CARLOS. Á mi lado.

HORT. Buena es esa.

CARLOS. (Y qué hago con esta otra?  
La tendremos prisionera  
lo ménos cinco ó seis horas.  
Bueno, que tenga paciencia.)

## ESCENA VII.

DICHOS, RUFINA.

Entra por el fondo con una fuente de ostras que coloca en la mesa.

RUFINA. (Quién será esta señorita?)

Ya está el almuerzo.

(Gritando.)

El almuerzo!

HORT. Ave-María!

CARLOS. Mujer!

PEPE. Pero muchacha, ¿qué es eso?

CARLOS. (Á Hortensia.) La chica es un poco sorda.

RUFINA. Cómo sorda! (Habrá embustero!)

CARLOS. Y como no se oye, grita.

RUFINA. Sorda yo.

CARLOS. Vaya, sentémonos.

RUFINA. (Bajo á Carlos.) Quién es esa mujer?

CARLOS. (Bajo.)

Calla!

Tú aquí, Pepe, usted en medio.

(Se sienta Hortensia entre Carlos y Pepe.)

¡Qué bien colocado estoy!

ENRIQ. Y yo, chico?

CARLOS. Al otro extremo.

RUFINA. (Ó á la calle.)

(Enrique se coloca al otro extremo de la mesa.)

PEPE. Buenas ostras!

ENRIQ. Principio de todo almuerzo.

RUFINA. (No, pues lo que es tú no comes.)

CARLOS. Quiere usted más. (Á Hortensia.)

HORT. Lo agradezco.

(Rufina quita el plato y cubierto de Enrique.)

ENRIQ. (Ap.) (Ay! Que se llevan mi plato!)

RUFINA. (Hasta la vista.) (Sale, fondo.)

ENRIQ. (Qué es esto?)

(Carlos y Pepe contemplan á Hortensia y la hablan y requiebran sin hacer caso de Enrique.)

CARLOS. Es deliciosa!

HORT. La ostra?

CARLOS. Ay! no, la boca que veo.

- PEPE. Marisco quisiera ser  
y mirarme entre esos dedos  
y sufrir dos mordisquitos  
que me partiesen por medio!
- CARLOS. Son excelentes, ¿verdad,  
Enrique?
- ENRIQ. Sí, deben serlo.
- CARLOS. Pero tú no comes?
- ENRIQ. No.
- CARLOS. No tienes gana?
- ENRIQ. Si tengo.
- CARLOS. Ah! vamos, que no te gustan.
- ENRIQ. Oh! me gustan con extremo.
- CARLOS. Vamos, es que te reservas.
- ENRIQ. Eso, cabal, me reservo,  
digo, me reservan.
- CARLOS. (Abriendo una botella.) Vaya  
este Sauterne, que es muy bueno.
- ENRIQ. Beberé ya que no como.  
Es de primera. (Bebiendo.)
- PEPE. Soberbio.
- ENRIQ. Tomaré otra copa, y otra, (Bebiendo.)  
y otra despues, y otra luégo.
- HORT. Despues de las ostras sabe  
de una manera! No es cierto,  
Enrique?
- ENRIQ. Debe saber.  
Vosotros lo sabreis.
- RUFINA. (Entrando con otra fuente.) (Vuelvo.)
- CARLOS. Aquí viene el entrecote.  
Rufina, vaya sirviendo.  
(Rufina presenta la fuente á Hortensia.)  
Pero un poco más, Hortensia.
- HORT. Como poco.
- CARLOS. Ya lo veo.  
(Rufina presenta la fuente á Pepe.)
- PEPE. Yo hago honor á la comida.  
(Rufina presenta la fuente á Carlos.)
- RUFINA. Señor don Carlos! (Bajo á Carlos.)
- CARLOS. (Bajo.) Silencio!  
Por Dios!
- RUFINA. (Bajo.) Esto es un escándalo!

CARLOS. (Bajo.) La última! Te lo prometo.

RUFINA. Esto es una bacanal!

ENRIQ. Por aquí, chical

RUFINA. (Ahora vengo.)

(Rufina sale por el fondo.)

ENRIQ. (Ay! que se llevan la fuente.

Pero hombre! Vaya un almuerzo!

Me van á matar de hambre!

Pero yo ¿qué les he hecho?)

CARLOS. Cómo! Tampoco entrecote?

ENRIQ. Cárlos, mira...

CARLOS. Es un desprecio!

HORT. No tendrá gana.

PEPE. Si está  
desganado es muy violento.

ENRIQ. Pues que tú te empeñas, venga.

CARLOS. No, chico, yo no me empeño.

Si es por fuerza...

ENRIQ. No es fuerza.

CARLOS. Nada, déjalo.

ENRIQ. Lo deajo.

CARLOS. Te puede hacer daño.

ENRIQ. Bien.

¿Qué vino es este? (Cogiendo una botella.)

CARLOS. Burdeos.

ENRIQ. Beberé, ya que no como.

Una, dos, tres, cuatro... (Bebiendo.)

HORT. Cielos!

Que acaba con la botella  
como se le deje tiempo.

ENRIQ. (Bebiendo.) Cinco, seis, siete, ocho, nueve...

PEPE. Que van á llegar á ciento!

CARLOS. Qué atrocidad!

HORT. Pero Enrique!

PEPE. Siempre, siempre acaba en esto.

CARLOS. Pero hombre!

PEPE. Un dia se puso  
que daba lástima verlo.

Se empeñó que era Colon.

Nos llevó con gran misterio

al estanque del Retiro,

y con un tiempo soberbio,

para descubrir América  
en un bote con dos remos  
nos embarcamos los tres  
con el mayor ardimiento  
y en la mitad del estanque  
cogió á un cisne del pescuezo,  
y diciendo que era un loro,  
nos le trajimos al puerto.

ENRIQ. (Bebiendo.) Catorce, diez y seis, veinte.  
Ya estoy que os veo y no os veo.  
Hortensia tiene cuatro ojos  
y á Pepe le miro tuerto.  
Venga el Champagne.

CARLOS. No, más tarde.

ENRIQ. (Cogiendo una botella de Champagne.)  
Despues seguireis comiendo.  
Ahora á brindar!

PEPE. Á brindar!

HORT. Que brinde Cárlos primero!

ENRIQ. (Abre la botella.) Pum! Principia la batalla.

PEPE. Tú estas ya vencido y preso.

CARLOS. Tú, Pepe.

PEPE. (Con la copa en la mano.) Por el amor,  
que como el vino es añejo,  
ya ágrío, ya dulce, y que nadie  
se ha cansado de beberlo.

CARLOS. (De pié con la copa en la mano.)  
Yo por los ojos de Hortensia,  
hermosos como luceros,  
y por la boca y la frente,  
y la cara y el cabello,  
y las manos y los piés,  
y la cabeza y el cuerpo.

ENRIQ. Alto, déjame algo á mí  
para brindar.

PEPE. Por supuesto.

CARLOS. Tú, chico, un brindis político.

ENRIQ. Político?

PEPE. Petrolero.

ENRIQ. Corriente, un brindis político.

CARLOS. De pié.

ENRIQ. (Se pone de pié con trabajo.)

Si ya no me tengo.  
Va por el sufragio libre.

CARLOS. Muy bien dicho.

ENRIQ. Por el pueblo  
libre.

PEPE. Que toquen el trágala!

ENRIQ. Por el amor libre!

PEPE. Eso.

ENRIQ. Por todas las libertades!

PEPE. Bravo!

HORT. Elocuente!

CARLOS. Soberbio!

PEPE. Esto ya se va animando.

ENRIQ. No sé cómo acabaremos.

CARLOS. Eres divina!

PEPE. Te adoro!

ENRIQ. Poco á poco, caballeros.

(Rufina entra corriendo por el fondo.)

RUFINA. Señorito, señorito!

CARLOS. Qué pasa?

RUFINA. Sube al momento.

Ahora de un coche ha bajado,  
va á llamar.

CARLOS. No te comprendo,  
quién?

RUFINA. La señorita.

PEPE. Cuál?

RUFINA. Su hija, señor.

CARLOS. Mi hija!

PEPE. Pero  
tienes una hija?

CARLOS. Gabriela! (Se levantan todos.)

(En qué estado encuentra esto!)

Espera, no abras la puerta.

Mirad, yo os pido, yo os ruego  
que os ocultéis.

PEPE. Ocultarnos?

CARLOS. Es tan niña! Del colegio  
sale. Si ve este aparato,  
qué dirá?

PEPE. Por qué escondernos?  
Hombre, por Dios!

- CARLOS. (Bajo á Pepe.) Por Hortensia,  
no has comprendido?
- PEPE. Comprendo.
- HORT. Pero ocultarnos, ¿á qué?
- CARLOS. (Bajo á Hortensia.) Por Enrique, si está ébrio.
- ENRIQ. Mas, ¿por qué razen?
- CARLOS. (Bajo á Enrique.) Por Pepe,  
no ves cómo se halla?
- ENRIQ. Cierto.
- CARLOS. Un instante... la sorpresa...  
yo os llamaré.
- PEPE. (Dirigiéndose á la izquierda.) Vamos presto.
- CARLOS. (Deteniéndole.) No, por ahí no, por ahí no!  
(Por poco si no me acuerdo  
de la otra.) Á este gabinete.  
Teneis periódicos.
- PEPE. Bueno.
- (Salen Pepe, Enrique y Hortensia por la derecha.)
- CARLOS. (Á Rufina.) Ve á abrir. Ya estoy más tranquilo.  
(Sale Rufina por el fondo.)  
Tan de repente. Qué es esto?  
Qué habrá pasado, Dios mío!  
Qué día! loco me vuelvo!

## ESCENA VIII.

CÁRLOS, GABRIELA. Fondo.

Aparece modestamente vestida con hábito del Cármen

- GAB. Papá! (Entra corriendo y le abraza.)
- CARLOS. Gabriela! Qué pasa,  
qué sucede?
- GAB. Papaito,  
tú aquí solito!
- CARLOS. Solito?
- (Pues buena tengo la casa.)
- GAB. Qué placer el alma siente!  
Mirarse á tu lado, aquí!  
¿He llegado á tiempo?
- CARLOS. Sí.
- GAB. Sí?

CARLOS. Muy oportunamente.

Que es esto? Dame la llave.

Tú sola, tú presurosa!

GAB. Pues me ha pasado una cosa  
muy grave, pero muy grave.

CARLOS. Grave?

GAB. Si me reconvienes  
me muero del sofocon.

Tú me darás la razon.

CARLOS. Ya veremos si la tienes.

GAB. La tengo, bien claro está;  
y no me debes reñir  
si me he atrevido á venir...

CARLOS. Vamos, bien, principia ya,  
tanto preámbulo me enoja.

GAB. Hablo, más no como reo.  
Mira: á la hora del recreo  
bajé al jardin con la Roja.  
Así llaman á Joaquina  
por tener muy encarnado  
el pelo y muy encrespado  
y es más mala que la quina  
Las rubias son las peores  
ya desde ántes del diluvio.  
¿Verdad que el demonio es rubio?

CARLOS. Los hay de todos colores.

GAB. Habló de una y otra idea,  
luego jugamos un rato,  
y luego sacó el retrato  
de una señora muy fea.  
Y me dijo: mírala.  
y yo la miré al través  
y dije: ¡qué fea es!  
y ella dijo: es mi mamá!  
Y yo pensé: que lo sea;  
si ella es fea tú eres más,  
y por no volverme atrás  
la dije: pues es muy fea.

CARLOS. Muchacha!

GAB. Se me enfadó.

CARLOS. Eso es, armando belenes!

GAB. Y me dijo: tú no tienes

una mamá como yo.  
Y yo la dije: muy cierto,  
pero no es ningún pecado.  
Yo la tuve y me ha adorado,  
pero la pobre se ha muerto.  
Y ella con mucha ironía  
se puso á reir: ¡já! ¡já!  
dijo: pero tu mamá  
no ha sido como la mía.  
Por qué no? Repliqué yo,  
mi madre es como tu madre;  
y ella ¡quía! porque tu padre  
con ella no se casó!

CARLOS. Eso dijo!

GAB. Así lo oí  
y la repliqué con ira:  
¡eso es mentira, mentira!  
¿verdad que es falso?

CARLOS. Sí, sí.  
¿Para qué me lo preguntas?  
Era un ángel del señor.  
Tu madre ha sido mejor  
que todas las madres juntas!  
Por eso la hirió la muerte!

GAB. Tú me devuelves la calma.

CARLOS. (Abrazándola.) (Pobre hija mía del alma,  
qué padre te dió la suertel)

GAB. Verás. seguiré contando.

CARLOS. Aun falta mucho?

GAB. Si tal.

Si falta lo principal.

CARLOS. Dí.

GAB. Seguimos regañando.  
Me llamó poca vergüenza,  
me cogió, me tiró al suelo,  
y yo me agarré á su pelo  
y la arranqué media trenza.

CARLOS. Gabriela!

GAB. Qué gritería!  
Qué llantos! Aun los escucho.  
Porque la dolía mucho.

CARLOS. Vaya si la dolería.

llega de chicas un ciento  
y se alborota el convento  
y acude la superiora.  
Una amiga la consuela,  
otra amenaza, otra grita,  
y dice la madre Rita:  
Gabriela! Ha sido Gabriela!  
hay que castigarla, madre,  
para cortarla las alas.  
A todas las vuelve malas,  
que es mala como su padre.  
—Qué oigo! Si padre es un santo!  
Insultar á mi papá!  
Cojo un canto, y allá vá,  
la descalabro.

CARLOS. Dios santo!

GAB. Si vieras ¡qué confusion,  
qué gritos, qué algarabía!  
¡La guardia, la policía,  
la chica á la prevencion!  
¡Sangre, un tiro, una pedrada!  
¡Es un demonio, socorro!  
Yo me asusto y corro y corro  
y hallo la puerta entornada,  
y en la puerta la portera,  
y detrás la madre Amparo;  
con violencia la separo,  
bajo á escape la escalera,  
encuentro un coche simon,  
le tomo y aquí estoy ya.  
¡Ay! no me dejes, papá,  
llevar á la prevencion!

CARLOS. (Abrazándola.) Hija mia! Qué has de ir!  
Que venga la policía,  
la guardia! Pero, hija mia,  
¿qué es lo que van á decir?

GAB. Ella primero ofendió,  
y ella me pegó primero,  
Papá mio! Yo no quiero  
ir á la cárcel!

CARLOS. Que no!

GAB. Fué en defensa de mi madre

y porque te han insultado.

CARLOS. (Pobre chica! has heredado la cabeza de tu padre!)

GAB. Qué susto pasé, Dios mio!  
La prevencion! Fué tremendo!  
Pero ahora me estoy riendo.  
¿Y sabes por qué me rio?  
Porque ya no puedo entrar  
en aquel colegio!

CARLOS. Ah! Sí?

GAB. Voy á estar aquí!

CARLOS. Aquí  
no sé cómo vas á estar.

GAB. Sor Rita, cómo gritaba!  
No te dí mala sorpresa.  
(Recorre la habitacion.)  
Mas, caí! Puesta la mesa.

CARLOS. Sí.

GAB. Cuanta gente almorzaba!

CARLOS. No. Tu padre solamente  
almorzaba á tu venida.

GAB. Pero si hay aquí comida  
para muchísima gente.

CARLOS. Pues cuando tengo apetito  
mando traer lo que vés,  
un cubierto ó dos ó tres,  
y me los como solito.

GAB. Seis botellas para tí!

CARLOS. No es vino.

GAB. Que no?

CARLOS. No tal.

Eso es agua mineral.

GAB. Es mineral?

CARLOS. De Vichy.

GAB. Hasta hoy no he venido yo  
á esta casa. Qué placer!  
Es buena? La voy á ver.

(Se dirige á la derecha.)

CARLOS. (Deteniéndola.) No, Gabriela, por ahí no!

GAB. Pero ¿por qué?

CARLOS. Está cerrado.  
(Hoy me van á volver loco.)

- GAB. (Se dirige á la izquierda.)  
Voy á ver...
- CARLOS. (Deteniéndola.) Por ahí tampoco.  
Eso está deshabitado.
- GAB. Es tan grande?
- CARLOS. Inmensamente.  
Un palacio para mí.
- GAB. Cabe mucha gente aquí...
- CARLOS. Vaya, muchísima gente.  
(La lleva á la segunda puerta de la izquierda.)  
Mira aquella puerta, pasa,  
llegarás á la cocina.  
Allí verás á Rufina,  
que te enseñará la casa.
- GAB. Conque me das tu perdon?
- CARLOS. Perdonada.
- GAB. Voy allá.  
Dame un abrazo, papá. (Le abraza con pasión.)  
¡Papá de mi corazón! (Sale corriendo.)

## ESCENA IX.

CÁRLOS, HORTENSIA, PEPE, ENRIQUE.

- CARLOS. Todo se sabe, Dios mío!  
Cómo la han ido á contar  
á la pobre! Qué colegios!  
Son una calamidad!  
(Abre la puerta de la derecha.)  
Hortensia, Pepe! Salid!  
(Salen todos á escena.)
- PEPE. Salimos.
- ENRIQ. (Completamente ébrio.) Aquí estoy ya.  
Pero á mí ¿por qué me encierran?  
Á mí se me va á explicar  
lo que pasa aquí!
- CARLOS. No grites!
- ENRIQ. Yo soy un hombre formal,  
una persona decente!
- CARLOS. Hortensia, por caridad,  
llévesele usted. (Bajo.)
- HORT. (Fingiendo enfadarse.) Bien dice,

y no podemos estar  
ni un momento en una casa  
donde tal trato nos dan.

ENRIQ. Eso es, bien dicho, ese brazo.  
(Dá el brazo á Hortensia.)  
Aquí no se puede estar!  
Aquí no dan de comer  
y yo me encuentro muy mal  
en ayunas!

PEPE. Vamos, hombre.

ENRIQ. Bien te puedes apoyar, (Á Hortensia.)  
que yo te sostengo.

HORT. Vamos.

ENRIQ. Bien dice: vámonos ya.  
Te mandaré dos amigos.  
Con ellos te arreglarás.

CARLOS. Bueno.

ENRIQ. Soy un caballero!  
Mañana vendré.

CARLOS. Te irás?

ENRIQ. Vendré á pedirte... á pedirte...

CARLOS. Bueno, ya sé que vendrás  
á pedirme, como siempre.

ENRIQ. Y basta ya de insultar  
y vámonos, porque aquí  
peligra mi dignidad! (Salen por el fondo.)

## ESCENA X.

CÁRLOS, PEPE.

CARLOS. Gracias á Dios que se fueron.  
(Pepe se sienta.)

(Y éste ¿por qué no se irá?  
Qué posma!) Pero tú, Pepe?

PEPE. Hombre, ¿me quieres echar?

CARLOS. Echarte?...

PEPE. Qué tontería!  
Si yo no te estorbo.

CARLOS. (Quiá!)

PEPE. Comprendo que no quisieras  
que tu hija pudiese hallar

GAB. La muchacha rabia y llora,  
á ese perdido en tu casa  
y á Hortensia, es muy natural.  
Pero yo soy un amigo.

Nada de particular  
tiene que yo venga á verte.  
Vuelve. Me presentarás,  
y así podré conocer  
á esa perla, que este truhan  
nos ha ocultado. Una hija!  
Quién había de pensar!

CARLOS. Pepe, dame hoy una prueba  
de ser mi amigo leal.  
La pobre ha venido enferma,  
y aunque no de gravedad,  
exige mucho cuidado,  
y no me puedo apartar  
ni un momento.

PEPE. Chico, entiendo.  
Me voy.

CARLOS. No te enfadarás  
por esto.

PEPE. Vaya un motivo.  
De qué sirve la amistad?  
Yo siento mucho. Hasta luégo.

CARLOS. Ven mañana y la verás.  
(Si no voy hasta la puerta  
y le empujo, no se va.) (Salen fondo.)

## ESCENA XI.

GABRIELA, JULIA, CÁRLOS despues.

GAB. (Segunda puerta izquierda.)  
Ya ví parte de la casa.  
¿Dónde se pudo marchar  
mi papá? La puerta abierta!  
(Mira por la puerta de la derecha.)  
¿Por qué dijo mi papá  
que estaba deshabitado?

JULIA. (Saliendo izquierda.)  
Nada escucho: ya no están.

Qué rato horrible pasé!

(Reparando en Gabriela.)

Cómo! Quién viene!

GAB. (Viendo á Julia.) Quién va?

JULIA. (Una mujer.)

GAB. (Una dama.)

JULIA. (Por dónde ha podido entrar?)

GAB. (Estaba escondida allí.

Y decía mi papá  
que estaba deshabitado!)

JULIA. (Quién es esta?)

GAB. (Quién será?)

JULIA. Señorita... yo...

GAB. Señora.

JULIA. (Yo no sé cómo empezar.)

(Entra por el fondo Carlos.)

CARLOS. Ya se fué, gracias á Dios!

(Reparando en Julia y en Gabriela.)

(Adios, otro enredo más!)

GAB. Papá.

CARLOS. Qué quieres, Gabriela?

GAB. (Bajo.) Una mujer... mírala...

Quién es?

CARLOS. Yo no la conozco.

GAB. Pues si ha salido de allá.

CARLOS. Entónces sí la conozco.

GAB. Que no se vaya á llevar  
algo, ten mucho cuidado.

CARLOS. Déjame con ella hablar,  
y yo la preguntaré  
cuatro palabras no más.

GAB. Yo estoy cerca: avísame.

CARLOS. (Cuándo querrán acabar!)

(Sale Gabriela segunda puerta izquierda.)

## ESCENA XII.

JULIA, CARLOS, luego PEPE.

JULIA. Qué día, Carlos!

CARLOS. Qué día!

JULIA. No me puedo sostener.

CARLOS. Ha oído usted, señora?

JULIA. Nada.

Tuve miedo... me oculté  
allá en el último cuarto.

CARLOS. (Gracias al Dios de Israel!)

Conque señora...

JULIA. Me voy.

CARLOS. La niña puede volver:  
adios.

JULIA. Pero antes mis cartas.

CARLOS. Es verdad. Dónde tendré  
las llaves? (Malditas sean  
tus cartas! Ay, qué belen!)  
Aquí la tengo. (Encuentra la llave.)  
(Abre el cajón.) Aquí están.

JULIA. Gracias á Dios!

CARLOS. (Da las cartas.) Tome usted.

JULIA. Cómo pagarle?...

CARLOS. Señora,  
con una sonrisa.

JULIA. Es  
poco premio.

CARLOS. Con su mano.

JULIA. De amiga. (Le tiende la mano.)

CARLOS. (La besaré,  
y me cobraré los sustos  
que me ha dado esta mujer.)  
(Besando la mano.)

Por una hermosa yo doy  
la vida.

PEPE. (Entrando.) Yo me dejé  
aquí el bastón.

(Coge el bastón: al volverse repara en Carlos que  
vuelve á besar la mano de Julia.)

Mas, qué veol

Hola! Pues ese no fué  
de padre, que fué de padre  
y muy señor mío. Si es  
más bribon! otra tenía!

Aunque se enfade, verá  
la cara. Debe ser guapa!

(Se adelanta: Julia se vuelve para marcharse.)

JULIA. Mi marido!

PEPE. Mi mujer!

Cárlos!

CARLOS Pepe! (Ábrete tierra  
y tráganos á los tres!) (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

La misma decoracion: el velador vuelve al sitio que ocupaba en el primer acto.

### ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, RUFINA.

RUFINA. Qué tiene usted señorita?  
Por qué mudado el color?  
Por qué con los ojos bajos  
no se atreve á alzar la voz?  
Cuénteme usted en confianza  
la causa de su afliccion  
y la juro que el secreto  
se quedará entre las dos.  
Si es enfermedad moral  
la daré un remedio ad hoc,  
que de males del espíritu  
entiendo bastante yo.  
No se consuma y la dé  
una galopante atroz,  
como á aquella Margarita  
y llamemos á un doctor  
y la mate á usted el médico,  
si no la mata la tos.

GAB. Esta mañana papá  
me ha dirigido un sermon:  
ha dicho que soy muy mala  
y que vamos á ir los dos  
á ver á la madre Rita  
para pedirla perdon,  
y que aquí no puedo estar,  
que será mucho méjor  
trasladarme, á otro convento.  
Dios mio! Yo en reclusion  
toda la vida!

RUFINA. Ese padre  
no tiene perdon de Dios.  
No se apure, señorita;  
se declara en rebelion  
y yo tambien me declaro  
y le decimos que no.  
Al principio gritará,  
grita una con más furor,  
y entónces se ablanda él  
oh! no es tan fiero el leon  
como le pintan.

GAB. Conmigo,  
Rufina, se ha puesto atroz.  
Dice que yo no sé nada,  
dice que mi educacion  
está atrasada y que aquí  
no puede...

RUFINA. Me encargo yo  
de la educacion de usted;  
que sé más que Salomon.  
Coser, planchar y guisar  
la enseño por el vapor.  
¿Qué más necesita? Nada.  
Se queda aquí. Se acabó.  
La doy á usted mi palabra.

GAB. Ayl sí.

RUFINA. Palabra de honor.  
Verá usted qué vida hacemos.  
Ya el convento se acabó.

GAB. Qué vamos á hacer, Rufina?

RUFINA. Primero la obligacion,

el estudio.

GAB. Eso sí.

RUFINA. Y luego  
á vivir!

GAB. Bravo!

RUFINA. Veloz

usted se pone su velo  
y yo me pongo el manton  
y el pañolito y nos vamos  
hácia la Puerta del Sol  
á darnos unos paseos  
para tener buen color:  
si no hace fresco se toma  
si á mano viene un simon;  
pero no de los cerrados,  
porque dan mucho calor,  
sino abierto, muy abierto,  
de esos que llaman Milord,  
y nos vamos al Retiro  
entre el mundo com'il faut.  
Se dá unas vueltas y á casa.  
Y si tiene ocupacion  
don Cárlos, las dos al teatro,  
que es mi deleite mayor.  
Á la Infantil ó al Real,  
porque, mire usted, en los dos,  
hay muy buenas compañías  
y cantan á cual mejor.  
Luego á dormir, y á otro dia  
se repite la funcion.  
Llega el verano: á viajar.  
Rufina, de usted en pos.  
Usted rie y se divierte  
y yo estoy ojo avizor  
para encontrarla un marido.  
una buena proporcion.

GAB. Ay! Rufina.

RUFINA. Un militar.

que son los que dan mejor  
resultado. Coronel,  
ó uno de más graduacion.

GAB. Pero se convencerá

- mi papá?
- RUFINA. Pues no, que no.  
Voy á verle. Si está sólo,  
le planteo la cuestion.  
Ah! señorita, deseaba  
hacerla una observacion.  
Cuando venga algun extraño  
no le llame usted, por Dios,  
papá á don Cárlos.
- GAB. Por qué?  
Lo es mio. ¿Por qué razon?
- RUFINA. Porque él tiene su carácter  
y el genio que Dios le dió,  
y quizás tenga motivos  
y es buena la discrecion.
- GAB. Así lo haré. Papá viene!
- RUFINA. Déjeme usted.
- GAB. Ten valor! (Saliendo.)

## ESCENA II.

RUFINA, D. CÁRLOS, fondo.

- CARLOS. (En buen lío me han metido!)
- RUFINA. Señor.
- CARLOS. Que quieres?
- RUFINA. Quisiera  
hablar con usted un instante  
de una difícil materia.
- CARLOS. Habla, pues.
- RUFINA. Tome usted asiento.
- CARLOS. Gracias. (Parece la dueña.)
- RUFINA. Hay momentos en la vida,  
señor, hay en la existencia,  
señor don Cárlos, instantes;  
hay en el mundo problemas  
y circunstancias y luchas  
y llegan horas supremas  
en que es preciso, señor,  
salvar graves contingencias,  
y con ánimo sereno

resolver lo que convenga;  
y como el momento es éste  
y la hora solemne esta,  
no extrañe que mi lenguaje,  
y mi voz y mis maneras,  
sean dignas, para ser dignas  
de la ocasion que se acerca.

CARLOS. (Esta acaba en misionero  
ó en cómico de la legua.)

RUFINA. Señor, tiene usted una hija,  
alma delicada y tierna,  
que sabe poco del mundo  
porque ha vivido entre rejas.  
Garza jóven, flor silvestre.

CARLOS. Rufina, no seas necia  
y no la llames silvestre  
ni en metáfora siquiera.

RUFINA. Y esta flor de puro aroma  
y esta sensible ovejuela  
¿qué amparo tiene en el mundo,  
qué brazo que la sostenga,  
qué espíritu que la guie  
por las zarzas y las breñas  
de los caminos del mundo,  
en cuyas estrechas sendas  
se irá dejando las lanas...

CARLOS. Cómo las lanas?

RUFINA. Ó sean  
las ilusiones. ¿Qué tiene  
la infeliz, sino un tronera,  
un calavera por padre,  
un hombre que solo piensa  
en devaneos y amores  
y cabalgatas y cenas  
con amigos corrompidos  
y asquerosas mujerzuelas?

CARLOS. Rufina.

RUFINA. ¿Qué necesita  
esa pobre rapazuela  
sino ejemplos de virtud,  
de constancia y fortaleza,  
fé, esperanza, caridad,

castidad y continencia?  
¿Qué necesita? Un apoyo!  
un brazo que la sostenga.  
Señor, ha llegado al fin  
para mí la hora suprema.  
El sacrificio es preciso,  
es necesario? Que sea!  
Una madre necesita?  
La tendrá cuando la quiera.  
Don Carlos, yo lo seré  
y que el cielo me dé fuerzas!

CARLOS. Tú su madre?

RUFINA. Sí, su madre!

CARLOS. Tu dirás de qué manera.

RUFINA. Don Carlos, esta es mi mano,  
mano de esposa... y de sierva.

CARLOS. Tú mi esposa!

RUFINA. Yo su esposa!

CARLOS. Tú! Tú!

RUFINA. Qué actitud es esa?

CARLOS. (Pobre niña! y yo pensé...  
¡Dónde tuve la cabeza!)

RUFINA. ¿Usted se asusta, se asombra?

CARLOS. Rufina, toma la puerta.  
Haz el favor de marcharte  
de mi casa.

RUFINA. Usted me echa?

CARLOS. En pago de tus servicios  
yo te daré lo que quieras.

RUFINA. Dinero á mí!

CARLOS. Pero vete!

RUFINA. Que me vaya! Y sus protestas  
de amor y sus juramentos?  
De tantos ayes y quejas  
no era acaso el matrimonio  
la natural consecuencia?  
¿Es que usted pensaba acaso  
que yo, que soy tan soberbia,  
podía ser lo que son  
las damas que usted frecuenta?  
Ah! señor, no espere gritos,  
ni insultos, ni aún indirectas.

Herida en mi dignidad,  
sin proferir una queja,  
con mi dignidad me voy,  
que es lo solo que me queda.  
Más ¡ah! cómo sin dolor  
dejar este hogar, que encierra  
tanto, donde yo he vivido  
como la concha en la perla!

CARLOS. (Ay! qué rato me está dando!)

RUFINA. Aquí está mi vida entera,  
mis ilusiones, mi amor,  
mis recuerdos. Esa mesa  
en donde jugaba al tute  
para divertir sus penas.  
Ese balcon donde yo  
cosí, teniéndole cerca.

Ay! señor! yo no me marchó!

CARLOS. Ay! Dios mío! qué jaqueca!

RUFINA. Amor mío!

CARLOS. Déjame!

RUFINA. Perjurol

CARLOS. (Dios me dé fuerza!)

(Salen por el fondo.)

### ESCENA III

GABRIELA, izquierda.

Ya hablaron. Si á la razon  
le habrá traído? Es cruel  
alejarme. Estar con él  
es en mí una obligacion.  
Aquí sola me han dejado  
y allá se van discutiendo.  
Pasaré el rato leyendo  
unas cartas que he encontrado  
Todas abiertas están.  
Poco al dueño le interesa  
lo escrito. Al pié de esa mesa  
estaban. De quién serán?  
(Saca un lío de cartas.)

Repasaremos cualquiera.  
Aún perfumada se halla.  
«Adorado Fausto.» Calla!  
No empieza mal la primera.  
Fausto!... Pues no es mi papá.  
Fausto... Quién será el bendito?  
Es uno á quien le han escrito  
una ópera quizá.  
«Adorado...» Y ya van dos!  
Y Sor Inés me decía  
que adorar no se podía  
más que á Dios y sólo á Dios.  
Estaba en error profundo.  
Se adora á quien Dios no es.  
¡Y qué sabe Sor Inés  
de lo que pasa en el mundo!  
Esta á su Fausto le adora.  
«Mi consuelo, mi alegría,  
alma mia, vida mia.»  
Pues todo es de esta señora.  
No fué poco afortunada.  
Se vé que bien le ha querido.  
«Sufro al ver á mi marido.»  
¡Es una mujer casada!  
Sí... lo repite despues.  
Lo que en el mundo sucede!  
Luégo una casada puede  
querer á dos!... toma, y tres!  
Esta es una nueva idea.  
Si no enseñan nada allá.  
Consultaré con papá  
al momento que le vea.

## ESCENA IV.

GABRIELA, CÁRLOS, fondo.

CARLOS. (No se la puede sufrir!  
El dia bien ha empezado. (Paseándose agitado.  
¿Y el otro? El otro cuitado!  
Qué se le puede decir?

¿Quién la verdad le revela?  
Si callo me acusará!)

GAB. (Ay! aquí está mi papá.) (Levantándose.)  
Papá.

CARLOS. Qué quieres, Gabriela?  
Ocupada te veía.

GAB. Puedes oirme un instante?  
Una pregunta importante  
te quiero hacer.

CARLOS. Sí, hija mia.  
Pregunta.

GAB. Preguntaré.

CARLOS. (Será alguna inocentada.)

GAB. Díme, ¿una mujer casada  
puede querer á dos?

CARLOS. (Asustado) ¿Qué?  
Cómo á dos? Á su marido!

GAB. Y á otro no?

CARLOS. Cuál?

GAB. Otro más?

CARLOS. No, muchacha, no, jamás.  
Eso ¿dónde lo has oído?  
Quién te ha dicho? Yo me espanto!  
Cómo! Una mujer casada?  
Y la honra? Y la fé jurada?  
Y el amor? Y el lazo santo?  
Eso en la vida sucede!  
Eso nunca puede ser!

GAB. (Presentando las cartas)  
Que no? Pues esta mujer  
quiere á dos, luégo sí puede.

CARLOS. Pero ¿qué mujer es esa?

GAB. Toma, la que esto escribió.

CARLOS. Y qué es eso?

GAB. Leelo.  
Estaba al pié de esa mesa.  
Una he sacado del lío  
nada más.

CARLOS. (Repasa una carta.) Vamos á ver.  
(¡Las cartas de esa mujer!  
Pero esa mujer, Dios mio!  
Claro, en el aturdimiento

las perdió aquí. Maldición!)

(Guarda las cartas.)

Qué es esto! Qué educacion  
la han dado á usted en el convento!

GAB. No riñas.

CARLOS. Sí reñiré.

Es un pecado, un delito,  
el leer un manuscrito,  
cartas que no son de usted.

GAB. Leer. papá, no es pecado.

CARLOS. Lea usted un libro, eso es bueno,  
un libro instructivo, ameno.  
Siéntate.

GAB. (Se sienta.) Ya me he sentado.  
Leo un libro?

CARLOS. Sí, eso sí.

(Gabriela coge un libro y lee: Carlos se pasea  
agitado.)

(Y ahora, yo qué voy á hacer?

No las puedo devolver  
con un criado. Hasta aquí,  
si ella viene, soy perdido.

Si voy, con peligro voy.

Dichosa señora! Estoy  
por darlas á su marido!

Que perdone. El otro ya  
se ha muerto. Eso es, en viniendo ..)

(Gabriela se rie leyendo el libro.)

¿De qué te estás tú riendo?

GAB. De esto que leo, papá.

CARLOS. Y qué es eso?

GAB. Una novela.

CARLOS. Me place: y quién el autor?

GAB. Carlos Paul de Cock.

CARLOS. (Espantado.) Horror!

No, no leas más, Gabriela.

GAB. Sí quiero, que es muy bonita.

CARLOS. No, que destila veneno.

GAB. Son las trece noches.

CARLOS. Bueno.

GAB. De Juanita.

CARLOS. De Juanita!

(La quita el libro.) Venga: te lo mando yo!  
No lo vuelvas á coger.

GAB. Un libro se puede leer.

CARLOS. No, los de tu padre no.  
Ese libro perjudica,  
es malo.

GAB. Qué frenesí!

CARLOS. Es inmoral. (No, si aquí  
no puede estar esta chica.  
No puedes, hija, no puedes  
estar conmigo.)

GAB. Y qué haré?

CARLOS. Pues nada, pásate  
y contempla las paredes.

GAB. Bien, papá. (No se le pasa.)  
(Gabriela se pasea por el cuarto y se detiene ante  
la estatua de la chimenea.)

CARLOS. (Es fuerza que me decida.  
Cada paso una caída.  
Para andar por esta casa  
esta chica angelical,  
necesita un centinela!)

GAB. Papá.

CARLOS. Qué quieres, Gabriela?

GAB. Quién es esta estatua?

CARLOS. Cuál?

Me costó muchos dineros.

GAB. Es estatua de valor?

CARLOS. Es la estatua del pudor.

GAB. Del pudor? Pues si está en cueros.

CARLOS. (Ay! es demasiado lista!)

Está desnuda por hoy.

GAB. Por hoy solamente?

CARLOS. Estoy

esperando á la modista.

GAB. Bonita cara, y qué gesto  
y qué bien formada está  
Qué piernas!

CARLOS. Bien, quita allá!

(Baja la estatua de la chimenea, y con ella, cogi-  
da por el cuello, recorre la habitacion.)

(En dónde meto yo esto?

Bajo este tapete, así.)

(Oculta la estatua bajo el tapete del velador.)

(No la verá de este modo.

Mañana lo vendo todo.)

GAB. (Contemplando el cuadro del fondo.)

Y este cuadro?

CARLOS. Ven aquí,  
ven aquí pronto!

GAB. Papá.

CARLOS. No des vueltas. Qué veleta!  
Siéntate y estáte quieta,  
á mi lado.

GAB. Bien está.

(Carlos se sienta y la sienta á su lado.)

Papá, tú eres muy injusto.

Perdona si te lo digo.

¿Qué he de hacer?

CARLOS. Hablar conmigo.

GAB. Eso sí que es de mi gusto.

CARLOS. Aquí tranquilos y quietos  
y juntos vamos á hablar,  
y tú me vas á contar  
tus cuitas y tus secretos.  
Las causas de tu aversion  
al colegio. Vas á ser  
franca y leal. Quiero ver  
cuanto hay en tu corazon.

GAB. Pues sí que he de ser leal.  
Ya que me hablas de ese modo  
te lo voy á decir todo.

CARLOS. Con un padre, es natural.

GAB. Mis secretos.

CARLOS. Si, hija mia.

GAB. Porque con secretos vengo.  
Pues mira, papá, yo tengo  
dos novios.

CARLOS. Ave María!

GAB. El uno es un importuno  
y ya muy grave señor.  
Los dos me hacen el amor,  
pero á mí me gusta uno,  
el jóven.

- CARLOS. Es natural.  
Si es jóven. (Quién será, quién?)
- GAB. Es guapo y habla muy bien.
- CARLOS. Tú le has hablado?
- GAB. Si tal.
- CARLOS. (Pero en qué casa maldita  
puse yo mi serafín?)
- GAB. En un rincon del jardin  
hay una puerta chiquita,  
portillo humilde y oscuro  
en cubierto á todas horas  
por cien plantas trepadoras  
que casi cubren el muro.  
Á mí me ocultan cien ramos.  
De otro lado una calleja.  
La puerta tiene una reja  
y por allí nos hablamos.  
Él, con profunda emocion  
y con voz que le temblaba,  
me dijo allí que me amaba  
con todo su corazon.  
Allí, temblorosa un dia,  
viendo que el alma le elije,  
sin saber lo que le dije  
le dije que le quería.  
Y por breve muy cruel  
el tiempo o se pasa así,  
él escuchándome á mí  
y yo escuchándole á él.  
Pero si algunas curiosas  
se aproximan nos callamos  
y en silencio nos contamos  
con los ojos muchas cosas.  
El tiempo se aleja presto.  
Nos despedimos los dos.  
Él dice temblando, adios!  
Yo suspirando contesto.  
Con la vista le devoro,  
y un último adios le envio  
y con la boca le rio  
mientras con los ojos lloro.  
Tales son mis relaciones.

y así he llegado á aprender  
lo que es amar y querer,  
sin maestros ni lecciones.

CARLOS. Mas tú le conoces?

GAB. No.

Sé que es bueno, amante, fiel,  
pero no sé quien es él,  
y él ignora quien soy yo.  
Me dijo que me quería  
toda la vida, papá.

CARLOS. (Quién sabe si la guerrá  
sabiendo que es hija mia!)

GAB. Quiere que un lazo sagrado  
nos enlace á él y á mí.

CARLOS. Ah! quiere casarse?

GAB. Sí.

CARLOS. (Se vé que es un hombre honrado!)

(Cárlos, apoyada la frente en la mano, se queda  
profundamente pensativo.)

GAB. Con calma y tranquilamente  
lo de mi novio me ha oído.  
Qué gusto! No me ha reñido!  
Dejarle solo es prudente.

Pensativo se quedó.

Esta ocasion es la mia.

Ah! qué ventura sería,  
juntos, mi padre, él y yo!) (Sale, izquierda.)

## ESCENA V.

CÁRLOS.

Habla conciencia dormida.

Cárlos, levanta esa frente  
y pensemos seriamente  
alguna vez en la vida.

Es preciso meditar  
con espacio y resolver.

De esta hija ¿qué voy hacer?  
porque aquí no puede estar.

Esta casa es maleficio  
para esa gentil belleza.

¿Cómo podrá la pureza  
vivir donde vive el vicio?  
Mas ¿cómo mandarla allí  
donde llegan á insultarla?  
Pero ¿por qué separarla  
con fría crueldad de mí?  
Tiene una fortuna, un padre...  
¿qué la falta para ser  
felíz y honrada mujer?  
Sola una cosa, su madre!  
Aquel ángel que vivía  
para ella, una consejera,  
una amiga y compañera,  
y amparo y consuelo y guía,  
que en ella los ojos fijos,  
por mañana, noche y tarde,  
bajo sus alas la guarde  
cual la tórtola á sus hijos.  
Mas, pues, su madre perdió,  
y esa es mi falta primera,  
todo lo que aquella hiciera,  
eso lo voy á hacer yo.  
Trás el bien seguir su huella,  
renegar de mi pasado,  
empezar á ser honrado  
para ser digno de ella.  
Los amigos, al olvido,  
poner á mis vicios tasa,  
purificar esta casa  
para que sea su nido.  
En tan difícil querella  
dos caminos hay aquí:  
ó rebajarla hasta mí,  
ó levantarme hasta ella.  
Yo en torpe mundo vivía  
y ella del cielo ha venido.  
¡Mira á tu padre caído  
y levántale, hija mia!  
Lancemos la barredora  
y echemos el lodo inmundo.  
¡Fuera, fuera todo el mundo!  
Y Rufina la primera!

La hice, necio, concebir  
esperanzas. La echaré;  
pero yo aseguraré  
por siempre su porvenir.

## ESCENA VI.

CÁRLOS, PEPE, fondo.

PEPE.      Cárlos. (Friamente.)  
CARLOS.      (Pepe!)

PEPE.      Aquí me tienes.

CARLOS. (El cielo se pone negro!)

PEPE.      Vengo á buscarte.

CARLOS.      Me alegro.  
Tú dirás á lo que vienes.

PEPE.      Es fácil de comprender  
lo que vengo á preguntar.  
Tu me querrás explicar  
qué hacía aquí mi mujer.  
En la puerta de salida  
me detuve y me volví.  
y estaba aquí, junto á tí,  
luégo estaba aquí escondida.  
y tú la tratabas bien.

CARLOS.      Yo te aseguro...

PEPE.      Es en vano  
mentir. Tú eres un villano.

CARLOS.      Yo, Pepe!

PEPE.      Y ella también!

CARLOS.      No la ofendas de ese modo.  
Yo soy un hombre incapaz...

PEPE.      Tú eres un hombre capaz  
de eso y de lo otro y de todo!

CARLOS.      Por vida de Belcebú!

PEPE.      Me darás explicacion!

CARLOS.      Eso, sí, de corazon;  
eso, cuando quieras tú.  
Nadie en balde me injurió;  
pero quiero hacer valer  
que ofendes á una mujer  
y que la defiende yo!

Que estás en error profundo!  
Por la honra de una señora  
yo me bato á cualquier hora  
contigo y con todo el mundo!

PEPE. Es proverbial tu hidalguía.  
Quieres fingir, halagarme,  
y con frases engañarme.  
Eso es pura cobardía!

CARLOS. Cobarde! Siempre despiertas  
tú las violencias en mí.  
Baja dos sables de allí  
mientras yo cierro las puertas.

PEPE. (Baja dos sables de la panoplia.)  
Los bajo.

CARLOS. (Cerrando.) Cierro.

PEPE. Ya está.

CARLOS. Dame uno.

PEPE. (Le dá un sable ) Toma.

CARLOS. Aquí mismo.

Voy á romperte el bautismo  
con mucho gusto! (Se ponen en guardia.)

GAB. (Dentro.) Papá!!

## ESCENA VII.

DICHOS, GABRIELA.

CARLOS. Deja el sable.

PEPE. Es tu hija?

CARLOS. Sí.  
(Si no viene... Dios la envía!)  
(Dejan los sables sobre la mesa.)

GAB. Abre.

CARLOS. Ya voy, hija mía.

GAB. (Entrando.) Qué pasa? Gritos oí.  
Presumí que una querella.

CARLOS. Nada, estábamos hablando  
tranquilos y examinando  
esas hojas.

GAB. (Es él!)

PEPE. (Ella!).

CARLOS. (Presentando á Pepe.) Gabriela, tienes aquí

á un buen amigo.

PEPE. (Ya, ya.)

GAB. Ya le conozco, papá.

CARLOS. Que tú le conoces?

GAB. Sí.

Escucha.

PEPE. (Complicacion!

Esta es obra de Luzbel!)

GAB. (Bajo.) Si ese me hace el amor.

CARLOS. (Asombrado.) Él!

GAB. El más viejo.

CARLOS. (Qué bribon!)

GAB. No me gustó.

CARLOS. (Le reviento!)

¿Pero estás segura?

GAB. (Bajo.) Sí.

Pues si este ha dado por mí  
más vueltas al tal convento.

CARLOS. Basta! Ya me has dicho harto.

(¡El canalla, el miserable!)

(Bajo y furioso.)

Mira, Pepe, coge el sable,  
porque ahora sí que te parto.

¡Un casado á una soltera!

PEPE. ¡Y un soltero á una casada!

CARLOS. ¡Tú á mi hija desventurada!

PEPE. ¡Tú á mi mujer hechicera!

CARLOS. Contenerme, francamente,  
me está costando trabajo.

PEPE. Pues mira, te espero abajo.

CARLOS. ¿Dónde?

PEPE. En casa de Vicente.

Tiene armas.

CARLOS. Pues bajaré.

PEPE. Él y su hermano son dos  
testigos.

CARLOS. Adios.

PEPE. Adios.

(Alto á Gabriela.)

Estoy á los piés de usted.

## ESCENA VIII.

GABRIELA, CÁRLOS.

CARLOS. (Paseándose agitado.)

¡Sí, sí, reárchate furioso.

Conmigo un duelo? Ya, ya.

GAB. Qué te sucede, papá?

CARLOS. Nada, hija, que estoy nervioso!

¿Conque este te enamoró?

GAB. Mucho tiempo me ha rondado.

CARLOS. Conque un casado!

GAB. Un casado!

CARLOS. Mas nunca te ha hablado?

GAB. No.

CARLOS. (Vamos, no pasó adelante.)

GAB. No me gustó: lo repito.

Pero me ha escrito.

CARLOS. Te ha escrito?

GAB. Sólo una carta.

CARLOS. ¡El tunante!

GAB. Me pedía humildemente

no más que una cita.

CARLOS. ¿Qué?

GAB. «Deseo hablar con usted

»dos palabras solamente.

»Escúcheme usted por Dios,

»que un caballero la jura

»que va en ello la ventura

»y la dicha de los dos.»

Son frases bien cariñosas!

CARLOS. (Qué vergüenza! Yo! En mi casa!

Merezco lo que me pasa.)

GAB. Conque el que escribe estas cosas

es, aunque se muestre amante,

un tunante?

CARLOS. Cómo?

GAB. Dí.

CARLOS. Un tunante? Sí, hija, sí,

¡un grandísimo tunante!

(Coloca los sables: toma el sombrero, mientras

dice lo que sigue.)

(La leccion ha sido ruda,  
pero á mí me aprovechó.

Él un pillo y otro yo:  
en esto no cabe duda.

Voy á buscar al malvado!  
si le doy, bien hecho esta,  
lo merece: si me dá,

me estará bien empleado! (Sale, fondo.)

## ESCENA IX.

GABRIELA, ENRIQUE.

GAB. Casado, y qué desvarío  
de suspiros y miradas!  
Pero estas gentes casadas  
son malas gentes, Dios mio!  
Dar gracias al cielo debo,  
pues me sacó del mal paso.  
Anda, si yo le hago caso,  
valiente chasco me llevo!

ENRIQ. (Desde la puerta del fondo.)  
No está en casa, esperaré:  
no tengo prisa maldita. (Entrando.)  
Una mujer!... Señorita...  
estoy á los piés de usted.

GAB. Caballero...

ENRIQ. Servidor...

Carlillos no está?

GAB. No está.

(Carlillos á mi papá!)

ENRIQ. Vendrá pronto?

GAB. Sí señor.

ENRIQ. Pues le espero.

GAB. (Alejándose.) Espérele.

ENRIQ. No se vaya usted, hija mia.  
Tan mala es mi compañía?

GAB. No tal.

ENRIQ. (Es bonita á fé.

Que es la hija dijo Rufina;  
pues él rico debe estar.

Hombre me voy á insinuar.)

GAB. (Ay Dios! Cómo me examina!)

ENRIQ. Conque usted es su hija?

GAB. Yo?

ENRIQ. Sí.

GAB. (Rufina me ha encargado  
que lo niegue.)

ENRIQ. Me he engañado?

Hija de Carlos?

GAB. Yo no.

ENRIQ. Pues se parece bastante.

GAB. No lo soy.

ENRIQ. Creí que sí.

Pero vive aquí?

GAB. Sí, aquí.

ENRIQ. (Ah, ya caigo! Qué tunante!  
Dice que es su hija el bribon  
para que la respetemos.  
Fuera está: solos nos vemos.  
Aprovecho la ocasion.)  
Ah, qué dichoso es! (Con desenfado.)

GAB. Por qué?

ENRIQ. Por tener tal compañía.

GAB. Sí?

ENRIQ. Yo tambien viviría  
con usted.

GAB. Sí?

ENRIQ. Junto á usted,  
y la iría á usted mejor.

GAB. (Mejor que con mi papá,  
por supuesto.)

ENRIQ. Si él no está  
ya para hacer el amor.  
Si él la quiere, yo la quiero.  
Sabe usted lo que la digo?  
Que se venga usted conmigo.

GAB. Yo con usted, caballero!

ENRIQ. Á que viene la sorpresa!  
(Acercándose.) Vaya una cara bonita!  
(Apoderándose de una mano.)  
Y qué mano tan chiquita!  
GAB. Suelte usted. (Y me la besa!)

Suélteme usted. (Retrocediendo.)

ENRIQ. No te vas.

(Aparece Ernesto en el fondo.)

ERN. Ella, Gabriela! Qué es esto?

(Se interpone y rechaza á Enrique con violencia.)

Eh, canalla, atrás!

GAB. Ernesto!

ENRIQ. Qué es eso de echarme atrás?

## ESCENA X.

GABRIELA, ENRIQUE, ERNESTO.

ERN. Si te vuelves á atrever!

ENRIQ. Gran defensa!

GAB. No den voces!

ENRIQ. Ni siquiera la conoces.

ERN. Me basta con ser mujer!

ENRIQ. Me has levantado la mano.

ERN. Pena justa al insolente.

(Entra Carlos por el fondo.)

¡Es una niña inocente  
á quien ofende un villano!

## ESCENA XI.

DICHOS, CARLOS.

ENRIQ. Á mí nadie me ofendió!

GAB. Ernesto, no te acalores!

CARLOS. (Adelantándose.) Eh! poco á poco, señores,  
espacio, que aquí estoy yo.

ENRIQ. Me alegro. Diré verdades.  
Este señor me ha ofendido.

ERN. El señor se ha permitido  
aquí ciertas libertades.

CARLOS. (Acercándose.) Señor don Enrique: sé  
lo que de sí puede dar.

Vengo de descabrar

á un conocido de usted.

Ahora le he roto el bautismo  
y pronto en cólera monto,

y si no se marcha pronto  
voy á hacerle á usted lo mismo!

ENRIQ. Cómo!

CARLOS. Aquí ya no hay bastones,  
ni cigarros, ni cerillas,  
ni corbatas, ni boquillas,  
ni dinero, ni gorriones!

ENRIQ. Carlos!

CARLOS. Inmediatamente,  
es necesario salir,  
Váyase usted á vivir  
á costa de otro inocente!

ENRIQ. Insultarme de ese modo.  
Tú me darás... Me darás...

CARLOS. Yo no le doy á usted más.  
Ya se lo ha llevado todo!

ENRIQ. Señor mio!

CARLOS. Borrachin!  
Rufina!

ENRIQ. Esto es un horror!  
(Aparece en el fondo Rufina.)

CARLOS. Pon en la puerta al señor.

RUFINA. Ay! gracias á Dios! Al fin!...

ENRIQ. Señor mio! mandaré  
dos amigos.

CARLOS. No, por Dios!

ENRIQ. Dos, sí.

CARLOS. No me mande dos,  
si son los dos como usted.  
Con usted tuve bastante.  
Conque á la calle!

ENRIQ. Qué afrenta!

CARLOS. (Á Rufina.) Tú detrás!

RUFINA. Y muy contenta,  
llevándole por delante!  
(Salen Rufina y Enrique, fondo.)

## ESCENA XII.

GABRIELA, CARLOS, ERNESTO.

CARLOS. Bravo! El otro mal lo pasa

y se marchan estos dos.  
Qué dicha! Gracias á Dios,  
ya tengo limpia la casa!  
(Dios quiere que me corrija.)  
(Tendiendo las manos á Ernesto.)  
Gracias, Ernesto querido.  
Á ese ángel has defendido.  
Has hecho bien: es mi hija!  
(Presentando Ernesto á Gabriela.)  
Es mi amigo, sin segundo.

GAB. Si yo ya le conocía.

CARLOS. Le conoces? Tú, hija mia,  
conoces á todo el mundo!  
Que me lo expliques espero.

GAB. Al oído... ven acá. (Bajo á Carlos.)  
(Si ese es mi novio, papá,  
el de la reja, el que quiero!)

CARLOS. Cómo! tu novio, mi amigo?  
¿Estás soñando ó despierta?  
¿El del convento y la puerta?

GAB. El que se casa conmigo!

CARLOS. (Qué sorpresa recibí!  
El diablo de la chicuela!)  
Tú conoces á Gabriela,  
Ernesto querido?

ERN. Sí.

CARLOS. Y ella te correspondió?

ERN. Sin duda.

CARLOS. Y tú, la querías?

ERN. Mucho!

CARLOS. Pero ¿no sabías  
que era yo su padre?

ERN. (Bajando la cabeza.) No.  
¡Hemos sido muy felices!

GAB. Podemos serlo los tres!

CARLOS. Ahora que sabes quién es,  
que soy su padre, ¿qué dices?

ERN. (Con amargura.) Ahora, con ojos llorosos,  
digo, Gabriela querida,  
que es difícil en la vida,  
muy difícil ser dichosos!

GAB. Qué!

ERN.

Con calma lo pensé,  
hoy la quiero todavía,  
mañana será otro día,  
mañana no la querré.  
¿Qué es la belleza? Hoy me agrada,  
y me encanta y me enloquece;  
mañana no me parece  
guapa, ni fea, ni nada.  
Mi amor ha sido un delirio.  
No nos podremos sufrir.  
Ó ser culpable ó vivir  
una vida de martirio,  
y al cabo darme al demonio  
y maldecir mi locura!  
Gabriela, adios! La ventura  
no existe en el matrimonio!  
GAB. Papá! Se marcha! Ha mentido!  
Ese hombre quiere que muera!  
ERN. Carlos, adios! (Se dirige al fondo.)

CARLOS-

Oye, espera.  
Ernesto, te he comprendido  
Tu voz, llena de dolor,  
me ha herido con su ironía.  
Al saber que es hija mía  
no la perdiste el amor,  
porque eso, aunque no te cuadre,  
no es creíble, no, mentiste:  
la quieres, cual la quisiste,  
pero te sobra su padre.  
Ella es tu imagen querida.  
para ella sueñas un templo,  
pero te asusta mi ejemplo  
y el contagio de mi vida.  
Piensas que la manchará  
este lodazal inmundo.  
No tengo más en el mundo,  
Ernesto, llevátela!  
Que sólo para tí sea.  
Id lejos, lejos de aquí,  
donde no me escuche á mí  
y donde nunca me vea.  
Yo en pago de mis errores

solo concluiré mis días  
sin ver vuestras alegrías,  
ni partir vuestros dolores!

GAB. No le supliques, papá.  
Desde que hablar le escuché  
le he comprendido. Bien sé  
porque no me quiere ya.

CARLOS. No, su amor no es un capricho.  
Te quiere!

ERN. Por qué no? Dí.

GAB. Por lo que dicen de mí  
en el colegio.

ERN. ¿Qué han dicho?

GAB. Que yo no puedo ser buena.

ERN. Por qué?

GAB. Porque mi papá,  
no se casó con mamá!

ERN. (Corriendo á ella.) ¡No, Gabriela, no, condena  
tal pensamiento villano  
y la infame ofensa olvida!  
Yo te doy mi alma, mi vida,  
mi corazon y mi mano,  
y tú llevarás mi nombre  
y á tus piés viviré amando!!

(Cayendo de rodillas.)

CARLOS. (Qué lecciones me está dando  
este demonio de hombre!)

ERN. Y tú me querrás?

GAB. Sí, sí.

Qué venturosos seremos!

Pero oye, no nos iremos  
solos tan léjos de aquí.

Vivir aquí mejor es,  
en paz y en gracia de Dios,  
juntos, juntitos los dos,  
y si tú quieres los tres.

Los tres! Qué fuera de mí  
sin él! Yo no le condeno.

Él ha dicho que no es bueno,  
pues yo te digo que sí.

Ha sido bueno, lo es  
y lo ha de ser, ya verás.

¿Verdad que tú lo serás?

CARLOS. Lo juro por tí!

GAB. Lo ves?

En la presencia de Dios  
nos lo ha prometido aquí.

Lo será por mí.

ERN. (Tendiendo la mano.) Y por mí!

CARLOS. (Abrazándolos.) Sí, hijos míos, por los dos!

Bendigamos nuestra suerte,

cobijaos en mis brazos,

hagamos tan fuertes lazos

que resistan á la muerte.

Así todo se concilia.

Reid: quiero ver reir.

Ah! qué ventura es vivir.

ERN. Sin familia?...

CARLOS. ¡Con familia! (Cae el telon.)

**FIN.**



## ZARZUELAS.

terno seco.....	1	Sres. Navarro, Gamayo y Nieto.....	M. y $\frac{1}{2}$ L.
A la pradera! ¡A la pradera!.....	1	D. L. Arnedo.....	M.
Amoens.....	1	Márco's Zapata.....	L.
Catalanes de Gracia.....	1	L. P. de Guzman....	L.
Par la Castaña.....	1	M. F. Caballero.....	M.
Par la hora.....	1	E. Navarro.....	L.
Dos siglos en una hora.....	1	L. Arnedo.....	M.
El estilo es el hombre.....	1	Manuel Nieto.....	M.
El lavadero de la Florida.....	1	Sres. Ossorio y Guillen..	L.
El ruiseñor.....	1	Bolumar, Melendez y Reig.....	L. y M.
Estar en vilo.....	1	D. M. de Larra y Ossorio.	L. y M.
El conquistador.....	1	N. Manent.....	M.
Fuego y stopa.....	1	Banquells y Reig....	L. y M.
Los bonitos.....	1	M. F. Caballero.....	M.
Los.....	1	Guillermo Cereceda..	M.
Los pretendientes de Cármen.....	1	Manuel Cuartero....	L. y M.
Laura.....	1	N. Manent.....	M.
La por.....	1	N. Manent.....	M.
La Patti y Nicolini.....	1	Cuesta y Criado.....	L.
Mis Zœ.....	1	José de la Cuesta....	L.
Noche-Buena.....	1	Cuesta y Criado.....	L.
Pardalets al cap.....	1	N. Manent.....	M.
Petaca y boquilla.....	1	N. Manent.....	M.
Retreta.....	1	M. Nieto.....	M.
Sitiar por hambre.....	1	Cuesta y Criado.....	L.
Sin contrata.....	1	Cuesta Criado y Nieto.	L. y M.
Una tiple averiada.....	1	J. Olona.....	L.
A posta del Sol.....	2	N. Manent.....	M.
Cosas de España.....	2	Cuesta y Criado.....	$\frac{1}{2}$ L.
El santuario del valle.....	2	Márco's Zapata.....	L.
Las dos llaves.....	2	Sres. Zumel y Taboada..	L. y M.
Lo sagristá de San Roch.....	2	D. N. Manent.....	M.
El anillo de hierro.....	3	Márco's Zapata.....	L.
La abadía del Rosario.....	3	Márco's Zapata.....	L.
La tapada del Retiro.....	3	N. Manent.....	M.
Lo cant de la Marsellesa.....	3	N. Manent.....	M.
Lo reloj de la Montseny.....	4	N. Manent.....	M.

## OBRAS DIVERSAS.

LA PROPIEDAD INTELECTUAL. Legislacion Española y Extranjera: comentada, concordada y explicada segun la historia, la filosofía, la jurisprudencia y los tratados, por el Doctor D. Manuel Danvila y Collado.—Un tomo en 4.º de 905 páginas.—Su precio 40 reales en Madrid y 48 en provincias.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera número 3, de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Eduardo Martínez*, calle del Príncipe, núm. 20, *Saturnino Calleja Paz*, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago núm. 1, y de *Don Miguel Guijarro*, preciados, 5.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

## FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, París.

## ALEMANIA.

*Mr. Wilhelm Friedrich*, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.